

TRABAJO DE GRADO

ERICA ELEXANDRA AREIZA PÉREZ

ASESORA: NANCY ORTIZ NARANJO

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE EDUCACIÓN

MEDELLÍN

2008

Donde hay ojos que miran hay gratitud:
la mirada atenta otorga un lugar.
Madre bella, escucha infatigable,
padre que moras en ese más allá inasible,
hermanos y hermanas de tardes sin tiempo,
amigos y amigas de tantos días de prisas y de vientos calmos;
maestros y maestras de tantos itinerarios compartidos.
Gracias por concederme un lugar...

AL BORDE DEL ESTANQUE



Andino

MUJERES ENTRE AULAS Y LETRAS

*A través de la palabra escrita,
las mujeres hemos de construir
nuestra propia historia*
Aura López

*No es sino con temor que
una mujer se aproxima día
a día hasta el espejo y se tuerce
con la propia imagen*
Gioconda Belli

*A veces en las tardes una cara
Nos mira desde el fondo de un espejo;
El arte debe ser como ese espejo
Que nos revela nuestra propia cara.*
Jorge Luis Borges

Tocan afuera

Dos siluetas grises caminaban por los corredores de la emblemática edificación, cual par de nubecillas que se pasean por la tierra en busca de su propio verano. Esas figuras menudas iban ganando consistencia en la medida que apuraban la marcha. Ahora más nubes que nubecillas, ahora más humanas que nubes, las dos mujeres de gris divulgaban un par de velos cuya avaricia apenas dejaba entrever unas hebras negras o rubias que saludaban a regañapelos las zonas aledañas a los ojos.

Ese caminar entre recatado y presuroso que hacia danzar los hábitos de las monjas, escapaba a los dominios de la retina de la joven cuando un puñado de escolares, fieles a su vitalidad sin declives, se desplazaba en ires y venires que ocultaban y revelaban a su antojo cuanta imagen transitaba por las angostas avenidas de sus amplios divertimentos... Pero surgían de nuevo, no había para el paso firme y decidido un resquicio que se sustrajera... Después de muchos quiebres y sobrepasos estaban frente a la multitud. El *uno dos, sonido, uno dos, sonido, uno dos, sonido*, anunciaba un discurso predecible para algunos y abierto a todo tipo de especulaciones para otros... De ese hervidero de gente vestida de rojo, cual mar mítico, cual atardecer santarrosano en las dionisiacas de agosto, soltaban palabras de todos los colores:

-Ojalá no hubiera más clase hoy

-¡Qué va! Eso es para recordarnos lo del 24 de mayo.

Cerca, muy cerca, una voz acaso adulta acaso adolescente se colaba entre las callejuelas verbales que dejaban los compañeros.

-Yo creo que es para lo de la fiesta literaria de mañana, acuérdense que...

-Buenas tardes, jóvenes. Les solicitamos atención, por favor. Tenemos que darles una información muy importante.

La voz de Ismena, esa voz entre seria y primaveral postergó sus conjeturas. Era menester escuchar a quienes robustecían sus palabras con la complicidad de un micrófono. Y entonces vino la ¡calma! ¡calma! Todo era ajeno al bullicio: en el palco, un gris que recogía la multitud de miradas; en el patio salón, un mar rojo geometrizado: cuadros de tamaños diversos inundaban los dominios de un cemento domesticado gracias al sudor laborioso de una piel de antaño.

Ismena no era la más locuaz, pero sí la más generosa en oídos, ya que no en visión; su mirada, entre aguda y brumosa, distinguía en su más cercano horizonte a sor Amalia y a la hermana Sofía, las dos mujeres que ocupaban, respectivamente, los primeros lugares en la estructura jerárquica de la institución. El foco de atención de los uniformes rojos estaba, pues, en la rectora y en la coordinadora académica de la Escuela Normal Superior Pedro Justo Berrío. Entonces, ese peregrinaje de labios estudiantiles por los caminos del rumor, desplazaba su inquietud hacia las sendas del oído. De modo opuesto procedieron las hermanas: esa inquietud auditiva que las apremiaba se encaramaba ahora en la parte más sensible de la boca; esa donde las palabras se asoman al mundo para decir lo que el silencio no puede apresar:

-Recuerden que el próximo 24 de mayo estaremos celebrando la fiesta de María Auxiliadora. Es una fiesta para compartir así que -continuaba la hermana Sofía- todos los grados, desde sexto hasta once...

Once, once, once... la ninfa Eco abandonaba su caverna para cumplir con su trabajo en la mente de Ismena... Eco, Eco... ¿Cómo podrías haber huido de la venganza de Hera? No. Te condenaron a una voz ajena... ¡qué infamia! Mientras repites otros labios los tuyos mueren... once, once... ¿por qué seguías dando

martillazos verbales en aquella joven de mesurada estatura y proceder sobrio...? ¿Qué querías escuchar de ella? *Ella, ella, ella...* ¿Qué tenía que descubrir? *Descubrir, descubrir.*

En ese once obstinado Ismena no veía otra cosa que el último grado de su educación secundaria. ¡Maldición! Cuánto más se abandonaba a la introspección, tanta más nitidez en la expresión monotemática de la ninfa griega. Con su vuelta en sí, se olvidó de la presencia de las monjas y de que ocupaba el puesto 15 en ese largo chorizo de cuerpos filados según su estatura. ¿Once? Casi once eran sus hermanos, casi once los dedos de sus manos, creo que también los de sus pies; casi once eran los años que tenía hace nueve... No, no era ese el camino... se encontraba en una especie de Sahara, en un mundo arenoso donde todo sendero le servía... *¿Podrías decirme, por favor, qué camino debo seguir para salir de aquí? Esto depende en gran parte del sitio al que quieras llegar - dijo el Gato. No me importa mucho el sitio - dijo Alicia. Entonces tampoco importa mucho el camino que tomes - dijo el Gato¹.*

Tomó el camino de regreso... Después de parpadear y abrir sus ojos cerrados al mundo se percató de sus cejas, sintió cómo se explayaban en su frente como dos trazos que buscan proteger lo que se ha escrito en los renglones de los ojos.

-¡Hey! Ismena, -le decía César, al tiempo que, con la impertinencia de todo reloj despertador que irrumpe en las profundidades del sueño matutino, sacudía aquel cuerpo sumergido en el amanecer de su tarde-. Mire que están hablando del evento literario de mañana ¿usted sabe cuántos vestidos tiene que traer para la representación?

-Once, once, once –gritó Ismena presa del susto...-Ja, ja, ja... -Era la reacción de su compañero- Se le va a traer el ropero a la mamá. Ja, ja, ja...

-Lo que quiero decir –señalaba Ismena tratando de salir del estanque de sus pensamientos- es que yo...

De pronto, un campanazo verbal de mayúsculos sonidos redujo a silencio el murmullo. La voz de sor Sofía, robustecida vía amplificador, pedía su turno:

-Escuchen, por favor... mañana, la Normal va a vivir una gran fiesta literaria. Y les recuerdo: el grupo que mejor represente la obra elegida se llevará un excelente premio. La jornada inicia a las 8 a.m. les solicito a los estudiantes que van a participar en las puestas en escena que se reúnan para que ultimen detalles ¡queremos trabajos hechos con altura! ¡No podemos esperar otra cosa de quienes se están formando para formar! El resto de los alumnos puede pasar a su respectivo salón... no olviden...

Ismena volvió su mirada a esa suerte de lago interior en el que se había sumergido segundos atrás... Las palabras de la hermana Sofía eran apenas audibles. Mientras nadaba en la humedad de su conciencia, el silencio, con su coquetería medida y no por ello menos atrayente, iba llenando gota a gota los espacios más íntimos de su ser... ¡Cuántas cosas se pueden orquestar en el silencio! ¿Cuántos vivió Shakespeare? ¿Cuántos parieron la obra magna de Da Vinci? ¿Cuántos las composiciones de Wagner? ¿Cuántos vivió Cervantes entre rejas y cuántos entre el aire libertario de sus letras? ¿Cuántos contemplaron el nacimiento de La danza de Matisse? ¿Cuántos revivieron a Frida Khalo y a Virginia Wolf? ¿Cuántos le extendieron el lienzo del ingenio a Débora Arango? ¿Cuántos a la mujer amante de la pluma? ¿Cuántos a la que se sacude la tiza de los dedos después de haber dejado algo de sí en un tablero? ¡Cuántos silencios ha vivido mi madre, cuántos la suya y, cuántos su nieta!

No han caído en las catacumbas del conocimiento tus palabras, Plutarco. Sí, en el silencio hay algo de profundo, de misterioso y de sobrio... tampoco se sustrae Michael Foucault al eco de tu verdad... Permitamos que éste siga derramando sus voces mientras Ismena calla: "Fueron los dioses quienes enseñaron el silencio a los hombres, y los hombres quienes nos enseñaron a hablar [...] para Plutarco, no solo el silencio, esta educación de los dioses, debe ser el principio fundamental de

los seres humanos, sino que durante toda la vida hay que hacer reinar sobre sí mismo una economía estricta de la palabra. Hay que callar tanto como sea posible ¿Qué quiere decir tanto como sea posible? [...] que no hay que hablar cuando otro habla... cuando se ha escuchado algo, cuando se acaba de escuchar una lección o cuando se acaba de escuchar a un sabio recitar un poema o citar una sentencia, en ese momento es preciso, en cierto modo, rodear la reciente escucha con una aura y una corona de silencio. No reconvertir de inmediato en discurso lo que acaba de escucharse...”²

II

En la puerta de la caverna

-Trrrrrrrrrum -todos a las aulas- gritaba el maldito timbre. Solo los protagonistas del día siguiente permanecían en el patio salón. Amontonados por pequeños grupos, cual asamblea de hormigas que orquesta su hormiguero, deliberaban con entusiasmo febril... En una de las esquinas, los jóvenes más pilosos de 11B llenaban el aire, ya con el rojo ajedrezado del vestido, ya con su estatura de 1.50 en adelante, ora con la voz gruesa de los chicos, ora con las formas femeninas en plena edad primaveral. Un vaho entre mítico y literario emanaba de sus voces: - “usted representa a Cirse”, “yo quiero se Odiseo”, “yo hago a Itaca”, “ustedes los pretendientes”, “yo voy a ser la madre de Odiseo”, “usted Calipso”, “ella Penélope”, “aquel Telémaco”... ¿Y usted, Ismena? ¿Qué va a representar? -Yo quiero ser Polifemo, -dije sin vacilación. No encontré opositores. Ese papel ciclópeo, desmesurado, voluminoso, era todo mío...

guarnición tosca de este escollo duro
truncos robustos son, a cuya greña

menos luz debe, menos aire puro
la caverna profunda que a la peña;
caliginoso lecho, el seno obscuro
ser de la negra noche nos lo enseña
infame turba de nocturnas aves,
gimiendo tristes y volando graves
De este pues, formidable de la tierra
bostezo, el melancólico vació a
Polifemo, horror de aquella sierra,
bárbara choza es, albergue umbrío³.

El día de mayor expectación en aquella semana aterrizaba con júbilo... los salones no estaban para clases: uno se engalana hoy con *Edipo Rey*, otro con *Otelo*, aquel con *Romeo y Julieta* y el de 11B, con la *Odisea*. En el nutrido grupo de espectadores, aparte del rojo a cuadros habitual y del acostumbrado gris en el traje de las hermanas salesianas, sobresalía una indumentaria policroma en la que se advertían los rostros del pueblo, rostros que, no obstante sus menesteres cotidianos habían arribado a la Normal en busca de algo que inundara su retina, ya de comunidad, de chisme, de aprendizaje, de vivencias, juventud, o quizás, de nada...

Yo, en cambio, era poco lo que podía ver. Tenía un solo ojo y, como si fuera poco, sobre mi retina pesaba la amenaza de la estaca asesina de Odiseo. Permanecería inmóvil; yo era simplemente una pieza de un museo compuesto por muchos cuadros. Nada que hacer. Intuyo que los ojos de esta turba de gente apenas tratan de abarcar mi titánica apariencia. Me han sorprendido en la puerta de la caverna. ¡Que sigan mirando! Me abandonaré a mi encierro; cegaré mis oídos si es posible. Yo, Polifemo, blanco de los comentarios más ácidos, he pasado a la historia como un villano, como una saeta monstruosa que va picando la vida en migajas invisibles. Nunca he podido decir otra cosa. La historia fija y va escribiendo en páginas indelebles lo que dicta su capricho. Ya no sé si soy ficción o mito, ya que

no mítico por mi figura hiperbólica. Quisiera cegar mis oídos y ocultar este ojo, hijo único de mi frente, criatura huérfana de un gemelo que le ayude a mirar... pero no, siento que el murmullo de la gente empieza su viaje en mis pies y, aunque llega vinagre a mi audición por el extenso recorrido al que lo obliga mi basto territorio corporal, descifro cosas como: -Ese es el cíclope, ese es el cíclope. -Tiene un solo ojo. -¿Cómo serían sus gafas? Ja, ja, ja.

¡Impertinencias infantiles! Hay en esa caterva de voces chillonas algo de fábula, algo de misterio; ¿Por qué nunca las había escuchado? En el “formidable bostezo de la tierra”, en la “guarnición tosca”, en la “caverna profunda” de mis días, no hay grietas que comuniquen con lo desconocido. Reclamo a las ficciones homéricas una hendidura. No la espero gigantesca; no quiero enormizar lo que lleva a lo enorme... espero en lo pequeño la grandeza... ¡qué es esto! Soy solo una pieza de museo en la galería de la Odisea. Cerca de mí deben estar Calipso, Cirse, Penélope, Telémaco, las Islas... todos haciendo parte de una ficción que muchos han venido a ver porque creen... -¡Qué belleza! -Mira a Ítaca. -Qué creatividad. Todos y todas se sorprenden mientras escuchan a un joven estudiante que va narrando la historia, al tiempo que enfoca con una luz cegante los rostros de los personajes literarios que figuran en el montaje escénico...

Qué reflejo tan penetrante. Elegí bien; de no haber representado a Polifemo estaría recibiendo esas bofetadas de luz en mi rostro... Penélope debe estar poniendo en peligro su infranqueable fidelidad; pues, ¿cómo puede tejer y destejer con ese reflector puesto en sus ojos? Así no hay aguja que produzca. ¿Y Telémaco? Debe tener escozor visual. ¿Y las ninfas, y las diosas, y los pretendientes, y Odiseo y su madre? Han de tener chispas en la mirada... elegí bien... yo tenía que ser Polifemo... y aquí estoy, inmóvil como toda pieza de museo. En mi frente hay un solo ojo y ese es el que represento... ese es el que abro; los otros dos, los míos, los que descubrieron el mundo hace 20 años, están cerrados. De modo que esa luz hechicera no los acomete... ¡eso sería fatal! Pues la miopía que los habita sumada a esa luz infernal que enciende mi compañero

cada vez que dice: -Y este es Polifemo-... sería el astillazo ojicida que aún no ha recibido el ojo que represento... Sí. Ya sé por qué ser el cíclope... ese del que Odiseo se salvó, entre otras cosas, porque se hizo llamar Nadie...

III

En el escenario

Nadie, nadie salió perdedor en esta celebración literaria. El trabajo de todos los grados evidenció esfuerzo, imaginación y creatividad... En el palco, las hermanas Amalia, Sofía, Irma, Carmen y las profesoras de español, se aprestaban a dar el veredicto final. Los jurados, personas altamente calificadas para discernimientos de esta naturaleza, habían hecho llegar su decisión a las manos de las recién aludidas... Seis eran los grupos participantes en la categoría a la cual pertenecían los grados de noveno a once... La espera crecía... Yo, convencida de haber hecho un buen papel, o mejor, un papelón, por el carácter ciclópeo del personaje representado, me frotaba los dedos; lo propio hacían los compañeros cercanos, los distantes, los de adelante, los últimos de la fila... en fin, todo el patio salón era un concierto de movimientos digitales que parecieron cesar cuando la profesora de español, con un tono desacostumbrado en la sobriedad de su discurso, dijo con febril entusiasmo:

-El jurado determinó un empate entre los dos onces. 11A con Otelo y 11B con la Odisea son los dignos ganadores de este concurso...

Las manos que antes se fragmentaban en la avidez de sus dedos recogieron sus partes y juntaron sus palmas para desdoblarse en un aplauso ensordecedor. Las

filas rígidas, los *no hable con el de atrás, el escuche, el ojo pues*, cedieron su espacio a una lluvia de júbilo. Aquello era una galería de abrazos, un vocerío libertario en el que expresiones como *lo logramos, ¡qué bien!, ¡así era!*, ahogaban cualquier asomo de inconformidad y censura... El palco que minutos atrás ocupaban las monjas y las profesoras de español le extendía su cobijo a un mar rojo dispuesto a llevarse su premio...

Desde allí, el patio salón se veía distinto. Yo no me había detenido mucho en ese ángulo de contemplación, pero al hacerlo, descubrí que desde arriba lo de abajo adquiriría otra connotación. ¿Pero qué significaba estar arriba o abajo? ¿Ser cielo o tierra? ¿Ser cíclope o diminuto? ¿Ser blanco o negro? ¿Ser hombre o mujer? Ya por trastornos olfatorios, ya por un ideario precoz, no advertía el olor maniqueo de estos interrogantes.

Cuán grueso era el número de estudiantes; qué diversidad de colores. No obstante el rojo imponente... ¡todos éramos tan distintos!: los chicos entre los chicos, las niñas entre las niñas... Todos hijos de la misma tierra pero distintos como sujetos en relación con la verdad. Con su verdad. ¿Qué tenía en común con ellos? ¿el uniforme rojo? ¿el espíritu normalista? ¿el proyecto de ser docente? ¿Y con mis compañeros de aula? ¿no había más coincidencia que la de cursar el último grado? Once, once, mi pasaporte a otra habitación...

Antes de salir de allí, de bajar del palco, las felicitaciones cundían... mis pares riendo, mis superiores gozando con sobriedad y yo... también. Nuestra representación recibía su galardón. De modo que había que henchir el corazón de alegría e hinchar la voz con un robusto, *GRACIAS...*

La tarde iba muriendo y mientras agonizaba, la comunidad académica retornaba al hogar después de esa ingesta de bebidas mítica, literaria, pedagógica... Unos más ebrios que otros, otros más sobrios que unos, abandonaban el claustro... Yo seguía en el palco... inmóvil como la pieza de museo que había representado... Un

mutismo seductor caminaba en derredor... ¿Qué pasó? Volví mi cabeza al patio salón y descubrí... descubrí a los estudiantes de 11A y de 11B; llevaban los trajes rojos de todos los días... no obstante, había algo de novedad... Era como si esos uniformes, tantas veces secados afanosamente, estuviesen asistiendo a su último día de vida en el mundo de la academia... entonces no debieron ser rojos sino negros... (Me río)... era su entierro... pero no; impensable dejar colar un ambiente luctuoso en esta ceremonia memorable. Había que reír... No querían ver otra cosa los testigos presenciales de tan magno ritual.

Había que reír. Y allá estaban las hermanas de gris, aquí mis compañeros, mis compañeras, mi madre, mi familia, mis maestros allá... El nerviosismo me iba ganando... tantos ojos en mí y yo sólo con dos para mirar tanta humanidad... Estaba de nuevo en el palco. No sé como llegué allí, cómo no equivoqué el camino, cómo no tropecé tratando de regular el caminado. Había escuchado mi nombre por segunda vez ¿Por qué dudé? ¿Olvidé cómo me habían nombrado durante tantos años? Allí estaba mi madre para sacarme de dudas. No fue necesario: solicitaban mi nombre. Cerca de mí la rectora y la coordinadora; mucho más cerca de mí, mis nervios... Al fin supe de qué se trataba. Asentí al llamado de sor Sofía... ella venía yo iba y al fin el encuentro. La proximidad de sus pasos hizo de sus pecas un adorno más visible en su rostro lechoso. Me paré inmóvil; no sabía qué hacer con la mirada, con lo mirado, con lo no visto. En medio de mí no saber qué hacer, sus manos blancas tomaron una franja de mi uniforme a la altura de mi pecho y fijaron allí una patria; en ese amarillo azul y rojo descubrí unas letras casi ininteligibles, no precisamente por su ilegibilidad sino por lo que estaban significando: *mejor bachiller*.

El eco de los aplausos persistía en sus oídos... Con la mirada agazapada cual joven tímida que esconde su fachada ante la voz pastosa de quien la asedia, trataba de evadir el aturdimiento provocado por las estridencias del éxito. Entonces el dilema de lo merecido o lo inmerecido abría cauce en el perturbado fluir de sus razonamientos: *mejor bachiller* ¿Cuándo se había metido en esas dos

palabras? La segunda, no diluía su significado, pero la primera... Una idea entre arrebatada y sensata detonó una chispa en ese laberinto en el que Ariadna le negaba su hilo. Ella no era Teseo... ¡Ya! No esperaba ayudas extramundanas. Correría sin ley, entraría al templo sagrado de los libros y sin esperar el consentimiento de la bibliotecaria, hurgaría los anaqueles del saber hasta fijar sus ojos en ese compendio de palabras vivas y muertas: diccionario. Lo abriría sin permiso, lo obligaría a situarse en los dominios de la letra m y le exigiría terminar su trabajo con el significado del vocablo que figuraba en la siniestra de “bachiller”. Justo cuando se aprestaba a subir al segundo piso de la verdad...

-Felicitaciones Ismena- ¡qué logro! ¡qué logro! En ese enunciado encontró asomos de la definición que buscaba. Levantó su mirada con la ilusión de algo más preciso pero halló como respuesta un desfile de sonrisas que la devolvió a la zaga de sus indagaciones... ¿Entonces “lo mejor” era un comité de aplausos? ¿Lo mejor en oposición a qué? ¿Y lo peor? Otra vez ese olor maniqueo permeando el aire... Lo único que lograba dimensionar era que mientras más caras tomaba el éxito tanto más esquivo su significado.

Ya era bachiller normalista y como si fuera poco, la... ¡basta! –se dijo- saldré de aquí. Disolvió la aparente contienda que se gestaba entre sus pies dubitativos y, como un aguerrido combatiente próximo a la batalla, salió al encuentro de una puerta que se abría de par en par, como queriendo enseñar en las colosales hojas de madera rígida, unos brazos densos que se antojaban gráciles. Ya ni siquiera advertía los cuerpos que flotaban como neumáticos en ese mar de vítores; tampoco se ocupaba del ritmo de aquel caudal de agua que, como el canto de las sirenas de la epopeya griega, llenaba de seductoras burbujas el aire de aquella tarde que ya iba muriendo en la noche. Caminaba sin sosiego en los zapatos: el izquierdo atropellaba al diestro y éste, apelando a la legítima defensa, tomaba la delantera, no sin antes descargar un puntapié en el talón de su vecino. Y si eso

ocurría en la zona inferior de su cuerpo, ¿en qué lucha andarían sus pensamientos?

Sí, necesitaba salir. Allí había vivido experiencias indelebles, instantes inmortales; logró lo insospechado pero... su vuelo, su vuelo esperaba con ansía este despegue... Era demasiado tiempo en ese mar rojo. Dejaría sus aguas con o sin la ayuda de Moisés. ¿Volvería? Sí. Allí quedaba algo de ella pero..., no podía partir sin el sarcófago de sus recuerdos, sin la mochila de lana rebelde y colorida, sin el olor a pirámides lejanas, a Cairos pretéritos, a aguas escarlatas, a miradas expectantes y a manos generosas en ovaciones... Adiós Ismena. Hasta pronto.

IV

Tras los signos primitivos

Lo que es preciso constituir en lo que uno escribe es su propia alma; pero como un hombre lleva sobre su rostro la semejanza natural de sus antepasados, del mismo modo es bueno que quepa percibir en lo que escribe la filiación de los pensamientos que se han grabado en su alma.

Michel Foucault

En geografías agrestes, recorridos inverosímiles y sendas sin horizonte igualé a Caín. Había que ver cómo navegaban mis pies en esas gondolitas llenas de arena; era como si un par de dunas empalagosas hubiese vaciado su materia menuda en mis dedos pueriles. No encontré un beduino que me asesorara en asuntos de tal magnitud; así que opté por mandar al carajo esos diminutos ataúdes llamados zapatos. ¡Allá ellos con su latosa aridez!

Cuando los árboles batían sus palmas en un ademán de cortesía con el día naciente, yo abandonaba los angostos corredores de mi casa en busca de golosas, columpios a medias y una que otra basurilla que, a mi juicio de entonces, lejos de traducirse en los restos mortales de algo que había llegado al ocaso de su periplo existencial, representaba la materia de mis juegos o, lo que es lo mismo, los escupitajos de un arte infecto de salivas libertarias.

-¡Un vasito allí!, venga pa'cá; ¡un trapo! Servía, así estuviera vuelto hilachas.

-Mirá esa pelota Martín... cojámola. Ve, está despedazada. Quién le daría una paliza a la pobre... (Reía). Mirá Martín esa pila que hay en aquel hueco, andá sacala.

- ¡Of!, yo no cojo eso.

- Dejá la pereza. Mi mamá dice que pa' eso es el agua y el jabón ¡Vos es que sos bobo!

Martín, con el eco de este último término retumbando en el tímpano de su orgullo, metió el brazo, el antebrazo y, con la seguridad del pescador que no desconfía de la presa en la red, me mostró una mano con más mierda que pila:

- *Gas, gas*. Eran mis palabras ante este desagradable espectáculo: uñas derramando gotas de avinagrado barniz; dedos llorando su desgracia a pantano tendido y una palma convertida en el cementerio de las heces que no recibió el gallinero. Entonces era el correr ineluctable de un cuerpo tras otro.

- *Me las vas a pagar*- gritaba el chiquillo, a la vez que se esforzaba por agarrarme. Eran tan frágiles mis pies y sin embargo, nada tenían que envidiarle a *los pies ligeros de Aquiles* o a los pasos invencibles de los atletas de San Silvestre; mis greñas se sacudían como jinetes griegos en contienda; mis brazos iban cortando camino como saetas y, ¡puaff! La inevitable caída después de una resistencia vuelta trizas.

- ¡*En el suelo no, en el suelo no!* -Imploraba al perseguidor. Él esperaba ansioso el levantamiento- no de mi cadáver- ahora más vivo que nunca, sino de ese cuerpo que se esparramaba en la hierba. Pero yo volvía añicos el tiempo de los relojes y los calendarios y me suspendía en mi tiempo mítico. Había que abonar el terreno para la reconciliación... Era menester aplacar en Martín los ataques de su *hybris*.

Después de muchos no, de pocos sí, de amplios nunca, de algunos tal vez, de un está bien y de un adiós, Martín... yo retornaba a mis andanzas. No había tiempo que perder, máxime cuando los patos no tenían dónde nadar. Entonces juntaba tablillas y guiada por los dictados de mis intuiciones geométricas, armaba un rectángulo cuyas medidas prometían un espacio para dos patos elevados al cuadrado. Después vaciaba el agua en el barro húmedo que servía de fondo y... no podía evitar el diluvio: ¡cómo escapaba a chorros ese líquido precioso! Su fuga, orquestada por la rebeldía de unas tablas que se hendían para abrir paso, me obligaban a repetir la empresa n veces... Me faltaba exactitud ¿pero de qué servía ésta sin actitud? Seguiría dándole vueltas al asunto... acaso era esa una de las bondades de los primeros años... Me parece estar escuchando a uno de los maestros de las letras antioqueñas cuando en *Blanca*, uno de sus breves relatos, desnuda una voz que dice: *“hechizo de la infancia –esa poesía- esa delicia indefinible de travesuras, esos exabruptos, esas desproporciones de una inteligencia, cuando asimila, cuando busca la relación de las cosas, cuando se abre a la investigación”*⁴.

¡Investigación! Volvería a intentar el laguito ¡cómo dejar a mis patos...!

-¡*Ismena!* -llamaba mi madre ante mi prolongada ausencia. Yo respondía con un ¡*Señoraaaa!*, que también significaba: todavía me demoro. Y era que aún no terminaba de resolver los asuntos de mi agenda ¿qué más, qué más? Entonces pasaba por los renglones de mi imaginación y descubría:

ugar con Martín
acer charca patos
coer moras

Cómo dejar incólumes esas frutitas rojas que sobresalían en medio de ese verde hegemónico. -¡Qué tunero! Ay, ay, ay. Pero no importaba, no era ese el fruto prohibido, el árbol edénico que tanta migraña desató en Adán y Eva ¡Y con lo difícil que era conseguir una pastilla en el paraíso! Veinte moras y un solo pinchazo eran un buen balance. Toda conquista trae aparejada su espina... Con el estómago pletórico después de ese exquisito banquete moral auspiciado por una huerta donde también había una oferta amplia de hortalizas, decidí tomar el camino.

- ¡*Ismena!* -volvió a llamar mi madre. Ya no había más prórrogas. De no atender al segundo llamado el tercero sería sucedido por un desfile de palmaditas difícilmente apelables ¿si oyó, pues?

Y como no figuraba en mi agenda de aquel día el recibir un kit con regaño, palmada y llorada incluidos, asentí a ese campanazo verbal. Cuando entré a la cocina, un aire humeante llenaba el espacio. El ávido movimiento cíclico de mis ojos anhelantes resultaba infructuoso: esos densos círculos de humo se metían a patadas en mi horizonte visual... Después de una lucha que me dejó con la mirada enrojecida, descubrí a una mujer que alimentaba con astillas la voracidad de un fogón... Atisbó con dificultad por la arrogante humareda y, después...

- Dónde se había metido, muchachita por Dios. (Seguía atizando la hoguera).

Hoy tenemos que ir a la escuela. La profesora me mandó llamar. Alístese pa' que nos vamos. Vea cómo tiene esos pies llenos de pantano. ¡y esa cara! Mire lo quemada que está.

Obedecí, no sin antes preguntarme: ¿Qué le habría dicho la señorita de mí? Apenas llevaba ocho días en el primer nivel de escolaridad y ya estaba dando de qué hablar. Eso me olía muy mal. Pero me defendería... Cuando la maestra me inquiriera, diría que yo no tenía el lápiz de Martín, que las rayas del pupitre no eran mías, que yo era de las más calladas del salón, que era la que mejor acataba órdenes, que había hecho todas las planas y que mi cuaderno, si bien tenía orejitas en los extremos de las hojas, era digno de mostrar. Todo estaba previsto.

Creo que igualé al Rodión Raskolnicov dostoievskiano en capacidad de premeditación. La diferencia estaba en que mi destino no era una usurera como Aliana Ivanovna, era mi maestra... Rodión portaba un hacha, yo iría inerme; a él lo acometió la culpa después de la falta, yo me sentía culpable antes del juicio. Él fue redimido por una mujer, ¡Sonia! Y... ¿a mí quién podría defenderme? No esperaba, por supuesto, ninguna aparición chapulinesca... Pero iba con mi madre, no le conocía poderes mesiánicos, pero el hecho de saber que su cuna maternal había arropado más de nueve criaturas, me afincaba la idea de su poder milagroso. ¡Y cómo no! Se necesitaba coraje para parir diez hijos y no agotar existencias.

-Buenas tardes -dijo la señorita, mientras caminaba a nuestro encuentro por ese patio de tierra húmeda y rubia. ¡Con qué diplomacia nos extendió su saludo! Eso me pareció sospechoso ¡claro! No podía ariscar a la sindicada. Subimos al corredor de cemento rebelde, cruzamos las aulas de los grados superiores y nos detuvimos en el saloncito que ocho días atrás me había dicho: "Bien pueda entre". "La vida escolar te recibe hoy". No había clase aquel día. De modo que la orfandad de los asientos y la estrechez del espacio reforzaban la tensión que revoloteaba en mis piernas como la avispa que aletea sin horizonte. ¡Maldición! La defensa que minutos antes había incorporado a mi lengua amenazaba con escabullirse ¿y mi madre? ¿Declararía a mi favor? ¡No! Sí ¡Sí! No. Después de una pequeña sesión de incertidumbre, que para mi fue sideral, así habló la maestra:

-Doña Marina, la he llamado para lo siguiente: he visto en su hija muchas habilidades. Ella perfectamente puede estar en el grado segundo. Así que he tomado la decisión de promoverla. De mi parte va a recibir todo el apoyo. Es que no vale la pena dejarla en primero, ella puede con un grado superior.

Vi sonreír a mi madre... vi cómo sus arrugas, atropelladas por la frescura que se encarnaba en la emoción de su rostro se diluían decididamente. El aspecto

apolíneo de su proceder le cedía espacio a la sensibilidad. ¡Sentir! No por ella, sino por su niña. –Muchas gracias, profesora- señalaba complacida.

-Es que mi hija mayor y yo le hemos enseñado mucho...

-¡Qué bueno! -reponía la señorita- Ya sabe pues, a partir de la otra semana, su hija continuará en el grado segundo.

¿Segundo? ¿La otra semana? ¿Qué, cómo, cuándo? Y lo bien que había preparado mi defensa. Ahora tendría que excusarme con mis piernas por haberlas convertido en el epicentro del sismo de te, te, temor que provoqué en mi anatomía. ¡Seis grados en la escala de Richter! Era un registro alarmante para mi edad. Aunque el miedo, con su aparente espíritu justiciero, no sabe de cálculos ni de edades. ¡Maldito insecto! Mosco omnipotente que va atenazando la voluntad a su capricho. Cuando se entierre el miedo, no se llorarán más muertos, no se negará un beso, no se aplazarán los viajes, no se pondrá candado a las palabras; no se dejará de decir... ¡No!

V

La verdad de lo simple

Recuerdo que al día siguiente Ismena me lo contó todo... ¡cuánto tiempo, cuánto tiempo! Pero no consumen los relojes lo que se vive de veras... La vi tan confundida, tanto que estaba desganada para el juego. Y yo que pensaba vengarme por el mierdero que me hizo coger con la mano. Es que burlarse de mí esa mocosa. Bueno, el hecho es que ese día la mocosita no estaba para brincar. Con lo asustada que fue a la escuela. La tonta pensaba que la iban a acusar de algo y, tremenda sorpresa cuando se enteró de que la maestra había decidido pasarla a segundo. Me contó que cuando había escuchado eso se había quedado medio muda. Su voz, tan altanera y vigorosa en nuestras lúdicas infantiles, se

encogía como camiseta barata y porfiaba en guardar sus ímpetus en los compartimentos del silencio.

-¿Cómo te sientes, Ismena?- le había preguntado la maestra, quien, según me dijo, ese día llevaba un vestido cuyo cuello le llegaba hasta el mentón. No era de extrañar que para reírse tuviera que pedirle permiso a esos pliegues que se apoderaban de su geografía mandibular.

Después de esa pregunta y en medio de sus miedos, Ismena empezó a titubear: -*con... con...contenta* -dijo al fin. Quiso decir acaso, con... con un miedo el hijuemadre. Pero no, la satisfacción que se le había metido a su mamá en los ojos se desplazó hacia sus labios de manera misteriosa. ¡Pasar al grado segundo con tan solo ocho días en el primero! ¿Quién iba a creerlo? Si no es porque la ataca la disfonía después de tanto repetírmelo... Pero bueno, era la palabra de la maestra y había que acatarla... Mucho podían comprender esos ojos que se paseaban de salón en salón esculcando los mundos de quienes iban a la escuela, ya para brincar sin descanso, ya para obedecer a sus padres, ya para aprender, ya para algo, ya para todo, ya para nada...

Después de su logro Ismena siguió igual; yo le llevaba tres años pero eso no impedía que, después de la jornada escolar, saliéramos corriendo por los atajos del juego, aunque ya los deberes de la casa se iban incrementando en nuestra agenda. Que hacer mandados, que llevar leñita para el fogón... ésta sí era una labor fatigosa: me parece ver a Ismena con su cuerpo perdido entre unas ramas verdes que ella daba por secas cuando la pereza ejercía soberanía sobre sus espaldas. -Eso verde no prende, mija- le tenía advertido su madre. Pero ella abundaba en argumentos con tal de no volver a la escasez de la madera seca... Después de esos deberes cumplidos en cámara ligera volvíamos a nuestro oficio. A Ismena no le gustaban las muñecas: le desesperaba tener que darles de comer a esas rubias patas de plástico que siempre estaban a dieta, que nunca lloraban y que cuando no dormían abrían unos ojos tan inexpresivos que lo mismo era

dejarlos guardados en las cuencas de su perpetuo sonambulismo... Yo sí adoraba mis carritos. Mi papá siempre me decía: Martín, pa' las niñas las muñecas y pa' los hombres los carros. Ahora entiendo por qué cada 25 de diciembre encontraba uno de estos jugueticos debajo de la almohada ¡Y yo pensando que el niño Dios era automovilista! Hasta llegué a creer que en el cielo había un autódromo o uno de esos circuitos de *La fórmula uno*. ¿Una pista celestial? ¡Qué despiste terrenal!

Ismena no era de esas niñitas lloronas. Yo tampoco. Pues si mi mamá y mi papá me veían... -Ahí está berriando este cagón, eso no es cosa de hombres. Me quedaba clara la lección, pero no puedo ocultar que muchas veces eché a un bolsillo sus cátedras y del otro saqué el pañuelo... ¡Como si los ojos no se conmovieran cuando el resto del cuerpo se duele! En cambio Ismena, esa sí era de mucho aguante. ¡Y con lo melindrosas que son las mujeres! Bueno, no todas; el hecho era que administraba bien el banco de las lágrimas, aunque como lloraba cada año, el llanto le cobraba intereses por mora, y ahí se le iba un buen caudal. Pero había ahorrado tanta lágrima que una quiebra resultaría impensable. Ni de muchas carcajadas tendidas ni de muchos mimos; guardaba la sobriedad de la realeza en los entierros, o mejor es decir, en las honras fúnebres de sus allegados. Esa ausencia de risa y de llanto la vi con más nitidez una tarde que la encontré sentada en la manguita de siempre con los brazos cruzados y los pies en flor de loto, cual Dalai Lama imbuido en su meditación.

-¿Y ahora qué fue? -Le dije

-No es nada, Martín. Me respondió. -Hoy no quiero jugar.

- Está bien, pues. - le respondí con molestia- Adiós Ismena.

Adiós- le dijo secamente. Ni una sonrisa ni un guiño, ni un "hasta ahorita, pues". Una palabra árida y húmeda, férrea y endeble, turbia y clara, cálida y fría: una palabra ambigua. Desde su asiento, un puño de hierba entre viva y muerta, contemplaba la partida de su amigo. Suspiró. Volvió su cabeza hacia esa galería de montañas, buscó su hogar en la gelidez del paisaje y al hallarlo, evocó de

nuevo la imagen que la había llevado a sentarse en ese puñado de contradicciones.

VI

A blanco y negro

*Memoria iluminada, galería donde
vaga la sombra de lo que espero.*

No es verdad que vendrá.

No es verdad que no vendrá.

Alejandra Pizarnik

El reloj de la casa, ojo eternamente insomne, daba las dos de la tarde. Ella, convertida en embajada de la mugre por su oficio de jugar en la fábrica del pantano, era solicitada en el corredor:

- Báñese ya, hija. Vea como está de carisucia.

Ella asintió. Y temiendo que esa orden maternal se aplastara en la silla de la pereza, se encaminó al baño. Entró dispuesta a enfrentar los azotes del agua y a pelear a jabón armado con la suciedad. No había terminado de acomodar sus ímpetus cuando descubrió a su hermano, un muchachito cuya edad dejaba ver un rostro imberbe y un cuerpo todavía pueril. ¿Y ahora? Él se disponía a bañarse, ella también; él se anticipaba al mandato de la madre, ella lo acataba; él estaba próximo a la ducha, ella a pocos pasos.

-Mi mamá me dijo que me bañara ya- dijo Ismena sin titubeos.

-Ah, no. yo también- decía su hermano mientras llenaba el aire con juguetonas burbujas que se fugaban del jabón.

-Entonces bañémonos juntos- dijo Ismena con avidez. Estimaría acaso que ese sería el camino más expedito para conciliar los deseos de un par de cuerpecillos

mugrosos que habían coincidido en tiempo y lugar para vivir un acto tan saludable como humano: bañarse.

-Vea el jabón, preste la toballa, ¡allá está la media!

Todo estaba dispuesto, era cuestión de despojarse de la ropa y...-¡Ismena!

En la puerta, que no estaba cerrada, una presencia inusitada irrumpía en los rayos de sol que se colaban hasta las paredes del baño.

La niña, entre sorprendida y confusa, leyó en el rostro de su progenitora el mismo gesto que le ponía cuando hacía algo indebido. Pero... ¿acaso estaba obrando mal? No le tiraba agua a su hermano, no jugaba con el papel, acataba su ord...

- ¡Ismena! -insistió la madre. -Deje que César se bañe primero. Me hace el favor de salir ya de aquí...

Todo el acopio de rubor que esa tierra fría tenía reservado para sus hijos fue a parar a las mejillas de la niña. Uno, dos, tres, cuatro pasos y el corredor la recibía de nuevo; esta vez con el fardo de la vergüenza en las espaldas y la espuma de jabón entre los dedos. No lo había comprendió todo. Pero una breve fuga de luz se colaba por los resquicios de su entendimiento: no estaba bien que los niños y las niñas se bañaran juntos. Y ella que había obrado con tan buena intención ¡cosas de mayores! Pero bueno... De pronto, algo entre blanco y negro nunca gris le fue obnubilando las regiones más íntimas de su ser; era el fulgor de una sombra que la tiraba del polo norte al polo sur. Un olor maniqueo empezó a meterse por sus fosas nasales, continuó en sus ojos y aterrizó en su mente con tal estrépito que la dejó sonámbula. En medio de su turbación veía pasar de un lado a otro, hombres y mujeres, mujeres y hombres... Primero unos, luego las otras, las otras, ellos, ellas... Cada uno y cada una llevando consigo su propio interrogante ¿Y ella?

Ya en el patio de la casa, con los cachetes rojos y la mugre encima, decidió alejarse a la manguita de siempre... Antes de hacerlo, volvió su cabeza a la

fachada de la casa y descubrió a su madre quien, envuelta en el vestido de sus apuros, cruzaba el umbral de la cocina. Allí seguiría atizando la hoguera: cenizas buscando refugio en sus manos, aguas hirvientes y revoltosas a la espera de vegetales inermes; pisos enojados con la limpieza, muchachitos y muchachitas corriendo por los corredores como potrillos desbocados: pequeños artistas poniendo a danzar sus crines en cada brinco; un trapo allí, una mata allá, una basurita en el patio, una bebida para el cólico; un saquito para aquel, un favorcito para la vecina que anda de mucho antojo... Todo un desfile de faenas en la apretada agenda doméstica de la “señora de la casa”.

Nunca la vi acostarse en la renuncia. Cada mañana vestía el traje de su deber ser y emprendía la marcha por las rutas de siempre. No había otro puerto a su espera. En ese hoy la había desembarcado su ayer. Creció en la fría montaña, en las tardes de arrieros en los caminos, en los domingos de misa inaplazable, en la Antioquia de celosas costumbres. Era el tiempo donde los escotes estaban sometidos a una discriminación sin concesiones. Pobres de aquellos que se dejaran atisbar por los ojos del púlpito o por las lenguas frenéticas de quienes tenían acciones en la empresa del chisme. Un poco menos de tela a la altura del pecho y un ¡Virgen Santísima! ventilaría esa infracción senil. Algo debía dibujarse debajo de esa piel. Acaso algún silencio elocuente en lo oculto, acaso algo oculto en el silencio del silencio. ¡Con qué devoción custodiaban esos pasajes bucólicos el proceder de sus hijos! Los españoles se fueron pero legaron un ojo celoso de sus almas. ¡Cuánto vigor tenía la religión en aquellas montañas! ¿Por qué? ¿Hay alguna voz que pueda dar una respuesta? Hay una que se aproxima, que toca, que entra, que desmigaja la espera: “la religión en la montaña ha sido la gran moldeadora de la estructura familiar [...] En lo que atañe a la moral femenina la iglesia es muy estricta. La mujer debe conservar en su vida de soltera una completa pureza, simbolizando en ello una mente alejada de pensamientos relativos al sexo, de acciones o simples deseos. Las imágenes religiosas,

paradigmas de castidad son antepuestas como metas del comportamiento femenino”⁵.

¡Cómo no reconocerla! Era la voz de Virginia Gutiérrez de Pineda que se escapaba de tiempos no tan pretéritos, para insertarse en la piel de un cuerpo investido de letras desnudas. Sus palabras me devolvieron a la mujer que creció olfateando la hierba cuando niña y llenando su casa cuando joven. Para las muchachas decentes la calle no tenía aceras sino colmillos; era una suerte de lobo que salía rabioso en busca de caperucitas. Pero esa mujer, ahora vestida de madre, no tuvo que ser redimida por el poder mesiánico de ningún cazador. El blanco, símbolo de pureza en la tradición cristiana, su tradición, la recibía en el altar de su elección: el matrimonio. ¿De qué tendría que preocuparse la abuela? Sacaría de su agenda la fatigosa tarea de pasearse a hurtadillas por la sala para mirar con el ojo del disimulo al par de noviecitos cuyos asientos reportaban casi un **k i l ó m e t r o** de distancia. Y cuando sus lentes naturales, cansados de atisbar tanta novia se tornaran brumosos, no tendría que buscar relevo en los hijos menores; no se arriesgaría, por tanto, a que el enamorado pretendiente pusiera en jaque la misión de los chiquillos con un caramelo extraído del bolsillo de la malicia. El *bien seriecita, miya*, el *ojo pues*, el *ojo con eso*, se reservaban para los oídos de las que aun no abandonaban el traje de su soltería. Una de sus hijas, mi madre, cumplía el designio. La abuela celebraba la unión con un *la Virgen la acompañe, miya*. Cuántas bendiciones había dibujado en el aire su mano cansada. No era fácil poner en la diestra de la divinidad ese *batallón* de hijos cuyo número rehusaba detenerse en cinco, diez, quince, veinte, para detenerse en: ¡veintiuno eran los sorbos de vida que había parido el pródigo vientre de esta mujer! Toda una vida de partos por sobrellevar. Todo un cuerpo consagrado al único oficio de la procreación. ¡Cuántos llantos recién nacidos colmando sus oídos! ¡Cuántas noches insomnes...!

-¿Por qué tantos hijos, abuela?- le pregunté recientemente.

-Es que en ese tiempo no había televisor, miya- contestó con malicia.

Lejos del lugar común o la salida fácil, su respuesta traslucía otra realidad: ¿falta de televisor? ¡No! Mi abuelo y ella tenían su propio canal... la programación venía incorporada en sus cuerpos: procreación, crianza y trabajo eran los programas habituales. Para entonces, ni la anticoncepción ni la planificación familiar figuraban en la oferta televisiva de esa vida conyugal cuya cotidianidad proyectaba sin falta un nuevo capítulo del deber ser. En él encontraban cobijo los mitos que un alguien alguna vez decidió instaurar en este mundo fantástico, fabulador, significante y creyente. Entonces el mito de “la mujer=madre” penetraba la humanidad de la abuela. Siento en esa alusión el eco de las palabras de Ana María Hernández “...nuestra sociedad organiza el universo de significaciones en relación con la maternidad alrededor de la idea mujer=madre: la maternidad es la función de la mujer y a través de ella la mujer alcanza su realización y adultez. Desde esta perspectiva, la maternidad da sentido a la feminidad; la madre es el paradigma de la mujer, en suma la ciencia de la mujer es ser madre”⁶. A estos ecos se une Lucía Guerra Cunningham: “las imágenes arquetípicas y primordiales de la mujer han sido, desde sus orígenes, proliferaciones de una mutilación inicial que sustrajo de ella únicamente su valor como cuerpo reproductor”⁷.

¿Entonces la esencia de la abuela se difuminaba en v e i n t i ú n h i j o s? La madre se bebía a la mujer y quedaba embriagada de un sin fin de semillas que llegaban imponiendo condiciones: náuseas, antojos, mareos, robustez abdominal y una espera de nueve meses que cesaba con un quejido de adulta y un llanto de infante... ¿Y mi madre? No esquivaba la herencia. Diez gritos inéditos se metieron a manoplazos en sus oídos... Yo fui el séptimo... ¡Qué capacidad auditiva! ¡Y siguen viviendo! Pero, ¿han tenido tiempo para vivirse? Acaso... La voz de Ana María aparece de nuevo entre estos hilos: “una cosa muy distinta es decir que para ser madre se necesita ser mujer, que decir que para ser mujer se necesita ser madre”⁸ Pero nuestra sociedad acostumbra a establecer equivalencias.

Pródigo vientre

-Buenos días, abuela ¿qué tienes para hoy?

-Una niña.

-Buenas tardes abuela, qué tienes para hoy?

-Un bebe.

-Buenas noches abuela, qué tienes para hoy?

-Un muchachito.

-¿Y con qué amaneces hoy, abuela?

-Con otra criaturita.

-¿Qué tienes para esta tarde, abuela?

-Un hijo.

-Qué variedad en tu tenencia, abuela.

Y dime, ¿qué traes para esta noche?

-Sofocos

-¡Cómo te consumes, abuela!

-Buenos días, abuel...

-(Silencio)

-¡Cómo te mueres, abuela...!

VII

¡No!

*Su destino hasta ahora ha
sido ser mujer. Y con él sus*

*corazas y aflicciones. Su recorrer
vacío y silencioso. Pero ya comenzó
a andar por el camino de la palabra*
Albalucía Ángel

Veía una mujer corriendo la cortina de su ventana, percibía también un olor humeante que se escapaba de la estrechez de la cocina. Allí, un recipiente vestido de hollín testimoniaba la pelea en la que parecían trenzarse las hierbas en cocción. De la aromática emergente se enteraron los lugares más recónditos de la casa... ella permanecía inmune a la publicidad del fuego... Se hizo tarde. El olor otrora prospecto de la exquisitez se había trasmutado en nubes de ahumada sazón, o mejor, de desazón. Ni plantas, ni agua, ni recipiente... La conflagración se lo había comido todo.

No se inmutó al instante. Era como si el objeto de su mirar hubiese secuestrado sus ojos. La noticia del incendio llegó inicialmente a sus narices. Después no hubo sentido capaz de sustraerse... Con la confusión de quien se siente agredido por un arma invisible se encaminó a la cocina... Entró, miró, agarró. Entonces blandiendo su trapo libertario encaró el fuego que, cual araña venenosa en busca de su presa, se trepaba por las paredes inermes. Un olor a olla rechinada y a humo en ruinas acompañó su huída; un vaho entre frío y cálido entrecortaba sus pasos. Después de cruzar la alamburada, descargó sus nalgas en un puño de hierba cuya resequeidad le imponía a la misma un verdor otoñal. De uno de los bolsillos de su delantal extrajo un manojo de hojas amarillas y... con el aval de su estómago vacío empezó a vomitar... Entonces su mundo interior, -témpano de hielo abrazado a su estanque- acaso por el incendio reciente, ya por la ansiedad que la quemaba, abría atajos y empezaba a abandonar su gelidez. Aquel medio día de entero sol podría testimoniar ese deshielo femenino en el mundo de las letras. La humedad de su relato traslucía un abanico de historias cuya textura y olor revelaban un azaroso tránsito por las avenidas del silencio.

Tras esa avalancha de letras derramadas, vi cómo la mujer levantaba su cuerpo, cual ave migratoria que se prepara para el vuelo. En la hierba, en la manguita de siempre que le ofrendaba su asiento, se advertía ahora una cueva análoga a la que dejan ciertas especies después del reposo. Cerca de ese lecho emergente, entre altaneras y dispersas flotaban las hojas amarillas. Ya no había nadie en el lugar. Los pasos de la mujer eran apenas audibles.

Tras atisbar la sombra que se deshacía en sonidos diminutos, el sueño me devolvió de nuevo a la hierba reseca. La noche se me hizo allí. Sentía la impotencia de la madre que presiente su fin en el parto, el dolor del chiquillo que pierde su juguete después de una campaña de pataletas para conseguirlo y la angustia de quien no conoce más verdad que la muerte, verdad por todos y todas consabida. De pronto, un vientecillo entre osado, coqueto y elocuente se abalanzó sobre mi cuerpo y, tras él, unas hojas amarillas: demasiado pocas para ser tantas... Sentí los trazos debajo de mi piel... Después no supe si se metieron en mí literalmente o era yo quien me abandonaba a ellos... el hecho era que seguía recordando, recordándome y recordando a otros olvidados. Mi vida era una memoria y nadie la contaría en mi lugar. Era preciso vivir el descubrimiento de ser, con Duccio Demetrio, “una población de yos dentro de un solo sí mismo”⁹. Mnemosine, diosa rebelde ante lo que se empeña a morir... ¿qué tienes de adúltera o de fiel?

Nélida Piñón, mujer de letras parida por el país de la zamba, me decía que: “La memoria tiene la densidad y la ligereza de una bailarina. Es algo grácil, hecho de leves hilos que desobedecen al rigor del tiempo”¹⁰. Descuida, Mnemosine... le seguiré apostando a tu baile... La danza de Henry Matisse me espera en su vacío...

¿Quién eres?

No recuerdo

¿Qué recuerdas?

Quien soy

VIII

La hoja del tiempo

¿Las seis de la tarde? ¡Caramba! El tiempo es un demonio. No ha terminado uno de vivir el día y ya está la noche tocando la campana. Vean la hora y yo sin afeitarme. Definitivamente es mejor ser lampiño. La Ismena tenía razón. Recuerdo que cuando vió que me estaba llenando de vellitos me decía:

-¡Estás creciendo, Martín! Mira esos feitos que se te están asomando cerca de los labios. De ahora en adelante, a pelear con la barba.

-¿Feitos? - Reponía yo sin entender.

-Quiero decir, vellitos. Lo que pasa es que no quiero que te pinches.

¡Pincharme yo! Bueno, cada uno trae sobre sus espaldas una mochilita llena de vanidad. Pero la verdad es que a mí no me empacaron mucha cuando me vine para estas tierras de la vida. ¡Las ocurrencias de Ismena! Me vi impulsado a decirle: -yo me estoy pinchando y tú te estás hinchando y, tanto lo uno como lo otro son efecto de la misma causa. Ambos estábamos abandonando las etapas del gateo, del regateo y del post-gateo. En últimas, estábamos creciendo. Pero ni modo. No podía preguntarle por qué la blusa que llevaba puesta parecía encumbrarse a la altura de su pecho... Era el paso del valle a la montaña. El hecho era que el terreno era peligroso y yo prefería callar. Máxime cuando ella, no se sí por el color de su piel o por exceso de sensibilidad cutánea, cuando se tocaba el tabú se dejaba sitiarse por el rubor. ¡Y cómo no! con lo tímida que era... Cuando estaba en grupo se inhibía. Era como si tuviese una alcancía de palabras en la que se empeñaba en ahorrar elocuencia y despilfarrar silencios. Bueno, hay que decir que algunas veces le daba chance al humor y a la charla suelta. Le

sacaba pelos a una calavera la muchachita. Yo no tenía más remedio que celebrarle a carcajada tendida sus ocurrencias. Y como reír era gratis: ahí no había que pelar la plata si no el diente... Nada más.

Insisto. El tiempo es inmisericorde. Cómo nos va trayendo a empellones a la vida austera y a los ritmos sin pausa. ¡Vah! Nunca es bueno recordar mientras uno se afeita. La cuchilla es traicionera y apetece la sangre. Y cuando la piel se derrite en lágrimas rojas por la hoja asesina, la agonía se sienta soberana en la silla del aliento. Es preferible vivir en la memoria que morir en el olvido que conlleva la muerte. ¡Caramba! Se hace tarde ¡Ah! ¡Ven cuchillita! Mañana se verá. El afeitado continúa en mis recuerdos.

¡Tengo tan luminosa la imagen de Ismena! La última vez que la vi lucía diferente. Hasta me dieron ganas de decirle: ¿Y dónde está la chiquilla de antaño? Me dijo que extrañaba su pueblo pero que la ciudad, aun con su mirada gigantesca, sus calles altaneras y su olor a progreso le había abierto los brazos. ¡Cómo sería el abrazo! Hay que ver la distancia que separa al campo de la urbe. A decir verdad yo prefiero quedarme en mis paisajes bucólicos... Miren que meterse uno en ese mundo de ires y venires sin tregua. Ya me imagino a Ismena con esos apuros: corra pa'llí, corra pa'llá. Mire que va a llegar tarde. Haga la fila. Identifíquese. Salude... Estudie el examen. Ya viene el bus. ¡Cuidado! Mejor dicho... Me espera el sueño. Dormiré...

IX

Asomos de una maestra

El arribo del amanecer era inminente. El lejano canto de un gallo se colaba por los ventanales, el habitual sonido de esa cadena de vagones que recorren la ciudad

anunciaba la agonía de la noche; las ranas cantaban decididas mientras que los camiones que dormían en el parqueadero cercano, despedían ruidos tan astronómicos que cualquier trazo de silencio era susceptible de perecer.

Aún en su lecho, Ismena trataba de dilatar el abandono de ese albergue que la acogía en las fachadas nocturnas y comenzaba a exiliarla al sentir el olor a claridad. Abrió los ojos y descubrió la fisonomía del frío. A juzgar por el aspecto del mismo, era un frío similar al que la había asistido en los primeros pasos de su infancia, en la infancia de sus primeros pasos y en su efímera adolescencia. Cómo olvidar esas tardes en que la lluvia se sublevaba, en que los truenos detonaban su ira y en que las horas frías, sin fronteras visibles, recorrían las montañas del norte para ratificar su presencia en aquella subregión de la geografía antioqueña. Las bajas temperaturas que toleraban los días empezaban a titubear con la vistosidad de esos paisajes que, como poemas indecibles, se fijaban en los costados del cielo de aquella Santa Rosa intrépida.

Eran paisajes que devenían en poéticos atardeceres, en porciones de un mundo confabulado con la exquisitez de la estética. Era como si los versos se escaparan de los libros para volver al lugar que los había inspirado. Tras esta oferta visual, la noche se imponía con su negro aire. No escatimaba en pedanterías, pues sin gobierno y sin pudor, procedía a hipnotizar el ambiente diurno, abundando en oscuridades ilegibles... Era el tiempo del reposo, de ese sosiego de antaño, de esos instantes en que los parpados se inclinaban para cubrir con su manto la humanidad de la mirada.

Ismena se había despojado de su indumentaria. Su mirada no era igual... De los atardeceres contemplados, de las lluvias vividas y de las experiencias desnudadas en el lienzo de aquellos días, solo quedaban pedazos de recuerdos que continuaban desmigajando su sintaxis en una memoria anárquica. Eran las 4:30 de la mañana, los plazos para abandonar la cama estaban vencidos... Ella acató

el llamado, distensionó su cuerpo, bostezó sin prejuicios y dejó caer sus pies en un entramado de baldosas cuya superficie suavizaba la acción, o mejor, el inapelable acto de levantarse... Se acercó a la ventana y contempló la desnudez de un nuevo día. Advirtió también que la ciudad, extenuada acaso por las estridencias de la extinta jornada, guardaba su elocuencia para el transcurrir del día emergente...

Ese silencio advertido empezó a difuminarse: a los latosos quejidos de los camiones se unió el revoloteo del agua que despiden las duchas cuando los gritos de la limpieza le hacen publicidad al buen olor y al buen aroma... Eran las seis de la mañana. Después de un baño imperioso y luego de la sujeción de un vestido y la recurrencia a un escaso maquillaje, Ismena se desplazó hacia el fortín de la comida. Una vez allí, solo apeló a un jugo de zanahoria que, desde hacía tiempo, se le había convertido en un consumo habitual. Alguien le había hablado de sus alcances, y, aunque era reticente a esos “conejitos”, había acatado la sugerencia en atención a la palidez de su mirada.

La hora de abandonar la casa no admitía transacciones... Ismena abrió la puerta, cubrió sus ojos con unos lentes color fucsia y comenzó a descender por las escaleras, cual Alicia que se abandona al país de lo desconocido... El tiempo se esfumaba y había que ganar espacio. Era preciso llegar a la Institución Educativa Media Luna antes del mediodía.

X

Las manos abiertas

Caminaba en su afán. De pronto, la algarabía de su memoria desacomodó sus pasos... Era como si este instante de apertura a otra experiencia formativa la

retornara a un tiempo análogo...Advirtió en ese pasado emergente una oleada de frío. Se dejó estremecer el alma y le concedió a sus recuerdos el poder de llevarla a la tierra de los poéticos atardeceres y las mañanas glaciales. A la postre, no estaba tan tarde...La institución que la había despedido un día lejano con un pergamino que rezaba: "Bachiller académico con profundización en el campo de la educación y la formación pedagógica", le abría las puertas...Cruzó el umbral. El reloj de la Escuela Normal Superior marcaba las horas del cercano amanecer.

Ismena, cual Quijote obstinado en poner en marcha su ideal caballeresco, se desplazada afanosamente por las avenidas de la avidez. Era tanto el revuelo que generaba su andar, que las franjas del uniforme color rojo ajedrezado danzaban sin pausa en un abrir y cerrar de pliegues que parecían subvertir la rigidez del planchado ¡Y con la importancia que se le daba a la buena presentación! Ése día sería su primera vez...¿cómo? Sí, su primera vez. La joven normalista de paso apresurado, la del DÉCIMO GRADO escrito en letras capitales en la primera página de cada uno de sus cuadernos, iniciaba su práctica pedagógica...Como buena primípara arribó a la escuela con exagerada anticipación. No quería que los gritos del timbre anunciando el ingreso la sorprendieran caminando por las espinosas sendas de la impuntualidad. Como una vela incapaz de sustraerse a las fauces del fuego se consumía el tiempo de la espera... después los chillidos del timbre y con él, un tropel de cuerpos menudos y de bullicio sin calma cruzó la puerta, recorrió los patios y se fue fraccionando en los umbrales de los salones. Era tanto el rigor de ese huracán de escolares que todo lo que estaba en derredor pareció conmocionarse. Ismena no fue la excepción...Los nervios la iban ganado. Reportaba manos trémulas, ojos indecisos, pies aturdidos y ¡las medias sucias! Sí, uno de los pequeños dejaba un recordito de sus pisadas en esas prendas inmaculadas. –Ojalá esta primera visita me deje más que una mancha –decía mientras se sacudía aquel lunar de polvo. Se dedicaría a observar simplemente. En esa empresa transcurrió su mañana...

Ya en el tiempo que sucedió su visita, un diario le extendía los oídos a las impresiones de esa primera vez. El título de: “Mi proceso formativo de maestra” colmaba los renglones que se henchían con la tinta de un lapicero adolescente. En el extremo de la hoja inaugural figuraba una fecha: 18-3-1999; más abajo, los trazos sobrios de una practicante iniciática hacían el recuento de lo observado: “...Cuando todo el alumnado estuvo en descanso se vivía un ambiente de alegría y de deseos de divertirse, colocaban música, bailaban, jugaban con diversidad de elementos y hasta con muñecas que las niñas llevaban a la escuela. En lo observado también pude mirar que algunos niños son bastante agresivos y los más atrevidos a veces sufren por esto”. Cerraba sus apuntes así: “REFLEXIÓN: para mí fue una experiencia maravillosa en donde observé diversidad de comportamientos en los niños, por lo cual pienso que esto me aportará demasiado para mí propósito y mi sueño de ser maestra”.

Eran sus primeros registros en la página que apenas se abría...Acaso no lo había dicho todo...Hay veces en que la tinta finge agotarse para confabularse con la mudez, hay veces en que la elocuencia del silencio dice más que la expresión audible. Esa noche siguió escribiendo en su subsuelo: -yo no sé si me siento contenta pero todo lo que nos dijo la coordinadora académica...nos explicó tanto eso del decreto 1860, que el manual de convivencia, que el gobierno escolar y la organización institucional, funciones...No sé, tantos niños...Yo si me asusté cuando entramos a ese salón...tantos ojos...menos mal que sólo era para observar...ya tengo hambre después de todo...y ese niño quién sería...tremenda esa que no dejaba dar clase ¿yo qué hubiera hecho? Bueno, esperemos...Es que no es solo dar clase...y lo administrativo que decía Carmen. Ahí hay más, bueno ya hice el diario, verdad que tenemos que estudiar los principios de María Montessori, ya hice lo de filosofía de la educación, epistemología...Hoy no más...frío, frío, la cama me llama.

En su monólogo interior Ismena reconstruía a retazos su experiencia reciente...
¡Felices sueños!

XI

Una lucha en el campo

Otro día en su salón...El pensamiento montessoriano hacía parte del menú académico...Había que empezar a digerir el plato. “¿Cómo concibe la pedagoga y médica italiana al maestro y al alumno?” Era una de las preguntas que había que resolver. Ya los grupos estaban listos. ¿Y el documento guía? También...Tanto que ya pedía asiento en el pupitre de Ismena. Y no porque ella lo pidiera sino porque el rótulo de líder que le habían acuñado, la postulaba como candidata para la coordinación de esa faena colectiva. -Bueno, yo dirijo, decía. No era la primera vez que lo hacía. En las páginas precedentes de su historia académica aleteaban experiencias donde había saboreado la miel agridulce del liderazgo...Entonces, esa que llamaban responsabilidad, esa célebre palabra que vestía las paredes de su salón, que se suspendía en los corredores, que se exigía allí y allá, se aferraba a su piel como un lunar perpetuo.

“El sol sale para todos”, había leído alguna vez, y aunque predicar justicia era más simple que dejarse habitar por ella, la invocaba a menudo. No era su credo para liderar pero sí su emblema. Y los emblemas significan. La justicia es injusta, ¡vaya paradoja!, había saboreado su acidez tantas veces. Cómo olvidar cuando uno de sus compañeros de salón atropelló la humanidad de una estudiante que no obstante su enajenación debido a sus trastornos psicológicos, aunaba esfuerzos para aprobar el segundo grado de su educación secundaria. Y la sustancia ponzoñosa de la agresión se derramaba a patadas en su cuerpo inerme. -Me hace el favor y deja quieta a Marcela. -Le dijo Ismena con decisión. Después -metida, qué le import..., esto, aquello y lo demás aplastaron su reclamo. Pero

como la voz justiciera no podía dejarse intimidar apeló a uno de sus profes. ¡Claro! él estaba investido de un poder esquivo en ella. Había que saber jugar. El regaño para el compañero agresor apareció enseguida. Luego, miradas irascibles y misiles verbales disparaba el susodicho a quien, para él, no era más que una “sapa”. La defensa justa del otro tenía su partido de oposición. La tendría mientras el poder de dominación y el deseo macabro de transmutar a los congéneres en pequeñas partículas de polvo cósmico, continuaran ejerciendo soberanía en el corazón humano. Pero algún día dejará de ganar adeptos la vana ambición. “Vanidad de vanidades, todo es vanidad” (Ecl 1,2b) reza la Biblia. Las letras permiten digresiones, ¿verdad?

El tiempo continuaba su deshielo. Ellos y ellas retomaban el documento. La guía anunciaba preguntas huérfanas de respuestas. De sus búsquedas emergieron ideas como: “el maestro debe guiar”, “el maestro debe desarrollar las capacidades del niño”, “el maestro debe dar libertad al niño”. El maestro debe, debe, debe... - ¡qué moroso resulta el maestro con tanta deuda! -decía Ismena a su grupo. Sonreían. Cuántos consejos, cuántas ideas acerca de ése deber ser habían leído en Comenius, Rousseau, Pestalozzi, Decroly, Freinet y Montessori. Un buen docente debía.... Nada qué hacer, había que ser. La clase llegaba a su ocaso y los “muy bien” se fijaban en los cuadernos. La guía estaba resuelta.

Los aullidos del timbre debilitaban la salida. La jornada había sido ardua: mucha trigonometría, los enlaces dobles de química, *El lazarillo de Tormes*, de Tormes seguramente...Sí. Era necesaria una pausa en el juego. Entonces Ismena descargaba su maleta en la tribuna, agarraba la esfera naranja de siempre y se abandonaba a una superficie plana y rectangular donde un cesto esperaba el lanzamiento que se gestaba en paces, impulsos y doble ritmos certeros. La táctica y la estrategia demandaban la atención de la jugadora. Para Ismena era claro. Pero algo pasaba ése día ¡aquella cancha era un campo de lucha! A la par de los cuerpos que se agitaban, las tensiones correteaban insistentes pero, lejos de

congelar el juego, le daban movilidad...Después de carreras, saltos, gritos y golpes al tablero, el triunfo o la derrota denotaba la amargura lacerante o el entusiasmo febril. La joven aplaudía esta vez. Pero cuántos juegos perdidos registraba su memoria. Y seguía jugando.

El partido terminaba. Era preciso retomar el morral. Cuando lo tuvo en sus hombros y volvió su cabeza hacia el terreno de juego vio pasar en cámara lenta la imagen de las aulas que había observado el día anterior. ¿También existiría en ellas un campo de lucha? Iba de salida. Los “chao”, “no se le olvide el libro”, “mañana nos reunimos para el trabajo de filo” se le atravesaron en el camino. Estaba sudorosa y cansada –Deber ser, deber ser,- parecía murmurar.

-¿Qué dices, Ismena?, -le preguntó la profe de Inglés ya en la puerta. Ella asumió que le hablaba en otro idioma y se despidió sonriente. Continúo. Tras cruzar el umbral y olfatear las calles descargó su cuerpo en una banca de cemento. Estaba en el parque principal de una Santa Rosa cálida en su frialdad y atrevida en su calma. Miró en derredor y, muy cerca, en una estatua que parecía mirarla sin parpadeos, descubrió la humanidad del poeta de la *Canción de la vida profunda*. Sí, de ése que “vagó sensual y triste por las islas de su América”, ¡Barba Jacob! La conmovió esa imagen, no tanto por su textura como por el canto lírico que evocaba:

Hay día en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar,
Tal vez bajo otro cielo la Gloria nos sonría,
la vida es clara, undívaga, y abierta como un mar.

XII

“¡Practi, practi!”

Hay días en que somos... La suspendió este verso. Sintió el deseo de escribir. Agarró la pluma. Pensó un instante: hay días en que somos, deber ser, somos, ser. Una mano sudorosa por el baloncesto reciente se paseó por su frente. La despejó un poco y, por los resquicios de su pensamiento recién despejado se coló una expresión que había fijado con letras mayúsculas en uno de sus veinte cuadernos de colegiala: “UN MAESTRO SALESIANO FORMA Y TRANSFORMA EL ESPÍRITU DEL NIÑO Y EL JOVEN”. Olfateó en ese recuerdo emergente los ecos de Don Bosco, el religioso italiano cuyos ecos se escuchaban con fuerza en la institución que acogía sus días...

Se sintió aludida. Pero la vida era abierta como el mar, decía el poeta. Ya no pensaba, también escribía. “¿Quién es el maestro? Es aquella persona que es capaz de transmitir a sus educandos...” Borraba y seguía...”Mi tipo de maestro sería aquel que transmitiera a los alumnos sus conocimientos, pero no con frialdad sino con dinamismo” Y la frialdad iba cediendo terreno...”Mi ideal de maestro es aquel que vea a su alumno como un proyecto”. En medio de tanto ideal se el acababa la tinta...Era sus apuntes de décimo grado...

Sus manos adolescentes abrieron el morral buscando el asomo de una barrita negra que pudiera sustituir la tinta extinta. Marcadores, cuentos infantiles y vinilos le recordaron que al día siguiente visitaría la escuela. Lo confirmó en un libretica que, al desnudar su primera página, revelaba en letras rojas un grado particular: once.

De nuevo allí. No terminaba de poner su equipaje en el escritorio cuando un puñado de niños y niñas se abalanzaba sobre su humanidad. -Practi, practi –

decían frenéticamente. -¿Qué vamos a hacer hoy? –Si salgo viva de esta avalancha les digo –contestaba sonriente. Si, bromeaba. Pues encontraba en esas manos abiertas una de las mieles más dulces en ese largo camino de formación. Lecturas, relectura, ilustraciones, preguntas, respuestas, gritos, regaños; “Présteme el borrador”, “Practi aquél me dijo gorda”, “Practi ella me está sacando la lengua”, “Practi, ese me está diciendo trofeo”. -¿Por qué?, -preguntaba la Practi. -Por trompón y feo, -decía rabiando el ofendido. Entonces era preciso un diálogo de paz, de verdad. Tal era la dinámica de la queja, de la negociación, del aprender y del desaprender, del ser siendo... ¡Dios mío, tantas caras! Alguien decía que el éxito de un sistema educativo se vislumbraba en el rostro de los estudiantes y no en sus triunfos académicos.

Entre el revuele allí y explique acá, Ismena se daba su paseíto por las sendas de la mirada atenta. Descubría muchos rostros que hacían quedar mal al sistema. En los más se adivinaba un saludito de felicidad ¡Qué emoción! Ellos y ellas contentos y ¿la practi? La practi sentía el regocijo en el aula...Pero cuando sus oídos recibían los gritos infantiles como martillazos, cuando lo planeado resultaba un fiasco, cuando en ese quehacer no sabía cómo hacer, se paraba en el patio de la escuela y pensaba: “Yo no sé si continuar este camino”. Al día siguiente volvía.

Muchos ires y venires. Cada noche el ritual de su pluma. Mañanas de colegios, tardes de juego. Tiempo derramándose en el espejo líquido de su relato vital. Y pensar que estaba en once. Cómo olvidar ese Eco. Ya se iba, se iría y será lo que será. Así cantaba con sus compañeras y compañeros cuando en la ceremonia del adiós una canción del argentino Diego Torres hacía su arribo al palco de tantos años de uniforme diario. Se conmovía. Sí. Pero no traslucían sus ojos los asomos de una tristeza líquida....No lloraba. Simplemente se detenía en las letras de una música cuyo poder de evocación le tendía la mano a la nostalgia y a la incertidumbre del mañana incierto...

Qué será, qué será, qué será,
qué será de mi vida, qué será.

Si sé mucho o no sé nada
ya mañana se verá, qué será, será lo que será.

XIII

Los ojos del aula

No sé qué será. El frío que había heredado de mi expedición al ayer me devolvió al mismo tiempo. El once había quedado atrás. Veía en el horizonte una luna que mediaba en ese viaje de maestra entre la urdimbre de las letras. Después de Media Luna el tiempo no volvería a ser igual. Así lo advertí cuando volqué mis pasos sobre el asfalto de las calles del Ocho de Marzo; cuando acosté mi mirada en los pastizales del Pingüino, en las montañas obesas de la Puerta del filo, en la fuente de aguas ebrias - lo digo por la quebrada La borrachera - y en los espacios multiformes y variopintos de la escuela de tantos y tantas. Para entonces, la mirada que parecía abandonarse a todo, había decidido tatuar el insomnio en sus pupilas. Pues era preciso ver más allá...

Miradas necias y oídos atrevidos reclamaban las ofertas visuales y auditivas del centro de la ciudad... Era cuestión de frotarse los sentidos y de estrangular los miedos... Y ahí estaban las mismas calles, las mismas vendedoras de tinto con distinta ropa, el mismo anciano estirándole la mano a las almas caritativas, la misma iglesia de propiedad de San Ignacio y dentro de ella, la imagen de Cristo Crucificado con su sonrisa beatífica. Le guiñé el ojo y pensé: todo ser cuya naturaleza contenga una pizca de humanidad está condenado a cargar con su cruz. De pronto, me llevé la mano izquierda a la espalda... ¡siniestra!... solo

encontró un armazón de huesos. Acaso había puesto sus falanges en el lugar equivocado. A continuación, la diestra palmoteó mi hombro a la vez que decía: - ¡vamos mujer! -la escuché. Quería aventurarme a darle crédito a ese mensaje digital. Casos se han visto ¡cuánto es capaz de decir un dedo! puede dar un sí, un no, un “marcaste calavera”, un “te tengo en la mira”... y qué decir de aquellos que se especializan en la técnica del descaro sin énfasis en escrúpulos. ¡Cómo se les ocurre prostituir los dedos sugiriendo escenas vulgares! ¡No tienen perdón de la mano! Pero, hay algo aún peor, hay quienes apelan al dedo para sellar los labios por donde se escapa la realidad íntima del ser; “chiiiiii”, dicen muchos mientras se llevan un fragmento de mano a la boca. Cuánto quisieran los niños y niñas que en lugar de intimidar sus labios con esa orden, estimularan su paladar completando la expresión. Entonces no resultara “chiii” sino chitos - nombre consabido de un mecato exclusivo de los pequeños. Pero resulta que a esta palabra también la satanizaron. No por cosas del destino, sino por las ocurrencias de un hablante muy suspicaz, ese término fue adquiriendo el significado de... ¡cállese!

Cual res atiborrada de pasto rumiaba sin calma tales pensamientos. De pronto sentí que un frío empalagoso despeinaba mis cejas. ¡Niño, es tan amable y cierra la ventana! Así le dije a un escolar de camiseta y jeans azules, morral hinchado por su peso, pelo engominado y, en últimas, un estudiante del centro educativo Media Luna. El niño optó por despedir ese embate eólico, que ya se prestaba a sacudir mis cabellos. ¡Que vergüenza! - pensaba - ¡llegar a la escuela como si hubiese peleado con la peinilla, resultaría muy descabellado! Y era que en efecto, esa buseta de apellido Santa Elena y de líneas verdes y azules parecía una nevera móvil.

Qué sería de mí si no fuera por doña Dolly; siempre tan atenta, tan dispuesta a neutralizar la frialdad; siempre tan generosa en aromáticas y tan pendiente de los negritos. Sí, de esos tintos que despiden humo al advertir la presencia de un azúcar morena.

¡Hacía tanto frío aquel día! Cómo sería la gelidez que yo ni siquiera me atrevía a hablar. Pues temía, de veras, que en lugar de palabras expulsara troncos de hielo... ¡y qué pereza voces frías! Quienes sí tenían la lengua a una temperatura más elevada eran Sofía, Patricia y dos señoras más; no paraban de conversar... Advertí algo misterioso en ese diálogo. Algo olía mal y no era precisamente un hedor proveniente de los baños escolares o de los almuerzos que doña Berenice preparaba para los estómagos demandantes del mediodía. ¡No! Nunca había sentido tanta curiosidad. Mi pretensión no era averiguar chismes, ni más faltaba. Si me contaban bien, y si no, ¡qué lástima! Creo que, Patricia, tras percatarse de unos ojos que bailaban la danza de la pregunta, decidió suministrar información... de lo contrario no hubiese dicho lo siguiente: “Imagínate que a una niña de tercero cuando venía para la escuela, un tipo le metió el pene”. ¿Pe, pe, pe, pero cómo así? - dije en medio del estupor.

¡Qué oscura se torna la vida cuando el hombre persevera en su naturaleza lobuna y reduce a comidilla fácil a un ser de su misma condición! Las peores batallas no se han librado entre seres humanos, sino entre individuos inflados de sí mismos. Y cuando el ego se robustece, las arterias de la soberbia estallan y la sangre se derrama jubilosa. Y el otro, la otra y lo Otro se reducen a polvo. Y la niña presa y el depredador hambriento. Ella había abandonado su casa para ir a la escuela y un lobo henchido de malicia le imponía su cátedra salvaje. Un cuerpo inerme subyugado por una acometida animalesca; una niña-mujer aplastada por el carruaje macabro del abuso.

El frío estaba de vuelta, aunque a diferencia del que había experimentado minutos antes, aquel era uno de esos fríos que no “ponen la piel de gallina” sino de pisco indignado...”¿Qué paso?”, decía Cesar, tras enterarse de murmullos sospechosos, de ojos nerviosos y silencios ácidos. “Nada, nada”, decía Patricia: “haber, haber, voy a seguir dictando: se escriben con mayúscula los nombres geográficos, los ríos y las montañas...”

Los niños se conectaban de nuevo... Era como si el dictado congelara esa curiosidad que asaltaba la vitalidad infantil. ¿Y yo? Una llovizna entre inquieta y confusa anegaba mi alma... entonces hice acopio de fortaleza y me paré del asiento. ¡Necesitaba un clima distinto! Caminé con decisión, le dí la espalda al tablero, -ya no la miraba- y me acerqué a Yinara, la niña que por orden de Patricia trataba de agarrar las palabras de un libro de texto para lanzarlas a los oídos de sus compañeros... Pero muchas de ellas parecían desviarse. No en vano los reclamos de algunos y algunas “¿que quéee?”, “¿cómo?”, “¿qué dijo?” - “vuelva a decir”. Si oían o no, el hecho era que copiaban. - Ustedes ni siquiera son capaces de copiar un dictado- señalaba Patricia. -Profe, es que Yinara repite, -decía Cristian, muchos adhirieron a esta opinión; entonces fue cuando -más bobos ustedes que vuelven a copiar, más tontos...-la Profe había dejado salir una de esas vocecitas que de diminutivas no tienen sino la forma. Pero ella quería ir mas allá, era como si pretendiera promover una campaña contra la repetición: -Escribir siempre el título de cada tema como resaltando títulos y subtítulos -dijo en una primera escena. En la segunda interpeló a Juan Guillermo -¿Qué significa eso? Que hay que resaltar títulos y subtítulos, -respondía el pequeño con un ademán de confusión. Después de esta escena viene la cuarta y última. -No me repita lo mismo, dígalo con sus propias palabras. Al cierre de este cortometraje escolar, Jorge Larrosa ganó mis pensamientos “dígalo con sus propias palabras” subrayaba el autor español en unas de sus conferencias, al referirse a esas estrategias poco estratégicas que algunos maestros y maestras emplean para medir los niveles de comprensión de los y las estudiantes. De modo que Juanguí debía esforzarse por decir lo mismo... ¡Pero cuidado!... Debía hacerlo con otros términos. Dicho de otro modo, estaba invitado a reproducir con su voz lo expresado por su profe. ¿No era eso repetición? El tiempo para dar respuesta a esa inquietud se lo robaba el examen ¡Claro! era preciso evaluar.

¡Freire, Freire! Tengo tus palabras correteando en mis oídos. Cómo no dejarme asaltar por el recuerdo que tuviste alguna vez: “Me acordaba del tiempo que

perdía diciendo y repitiendo con los ojos cerrados y el cuaderno en las manos: Inglaterra, capital Londres. Repítelo, repítelo que te lo aprendes”. Era la sugerencia más o menos generalizada en la época de mi niñez”¹¹. Qué diría la lengua si le dieran la palabra para defenderse de los abusos que cometen con ella. Miren que desgastarla obligándola a la reiteración estéril: hay quienes se saben las capitales y se pierden en su propio espacio. Creo que de niña pertenecía a este grupo. Sabía que Antioquia era mi departamento y que Santa Rosa de Osos había recibido mi llanto primigenio. Pero, ¿y mi geografía interior?, ¿dónde estaba el afuera de mi adentro?

¡Qué vaina! Justo cuando las preguntas asaltaban los predios de mi reflexión el timbre de la escuela aturdía con sus gritos. Cual Agamenón sobreexcitado ante la urgencia de derrotar a los troyanos, Patricia despedía arengas como queriendo alentar a esos pequeños guerreros del conocimiento: -Ustedes no piensan, piensen niños, piensen haber lo que están haciendo. Vi que muchos trataban de sacar sus mejores armas. Otros, en cambio, parecían ceder ante la complejidad del combate. Los más osados, cual espada dispuesta para la lucha, blandían el lápiz y lo descargaban en la opción que su racionalidad o su capacidad para la adivinación indicaban. Ese flujo de tensiones continuaba... Había que vencer cinco interrogantes más. Lo peor era que se trataba de preguntas de selección múltiple. Acaso nunca habían tenido tantas opciones, pero sólo una sería la elegida. ¡Caos! El asunto de lo múltiple crea confusión porque todo parece igual aunque todo sea distinto...

Aquel día, el color que adhería a la piel del aula tenía una palidez fácilmente perceptible. Era un tono extraño en comparación con el que poblaba la atmósfera cuando Juan Manuel, el joven promotor del XV juego literario de Medellín, desnudaba en compañía de su guitarra un repertorio de canciones tan azucaradas como divertidas: *En San Francisco boro, boro, boro, había una negra boro, boro, boro, con seis negritos boro, boro, boro, muy chiquititos boro, boro, boro...* Las

nueve voces femeninas se abandonaban a los aplausos. Lo propio hacían los quince chicos, aunque dicho no sea de paso, había muchos y muchas que parecían haber emprendido un tour por la luna. ¡Con qué curiosidad advertía yo esos paseos satelitales! ¿Fantaseaban algunos? Quizás ¿Y los demás? ¿Estarían acaso en el fondo de sus abismos, de sus miradas sin afecto, de sus casas sin carne para todos los días, de sus espacios en tensión, de su música preferida, de sus pantalones recién comprados...? De lo único que estaba segura era de que tenían la nalga en la silla y de que Carlos y Cristian Javier cantaban con el estómago lleno gracias al desayuno que Sofía les había brindado 30 minutos antes.

De modo que había estudiantes que estaban sin estar. Era como si estuvieran inmersos en otro mundo; o mejor, en su propio mundo... Esos rostros distantes también aparecían en escena cuando los rezos matutinos, aperitivo habitual de toda clase, aterrizaban en los labios, acaso ideologizados, acaso dubitativos, acaso creyentes, acaso indiferentes... Los de mayor fervor no escatimaban en ademanes ceremoniosos y expresiones solemnes:

Esclarece la aurora del bello cielo,
otro día de vida que nos dáis,
gracias a vos Creador del universo.
¡ Oh Padre nuestro que en el cielo estáis!.

Una mañana de tantas me atreví a desnudar este fragmento. No se trataba de una oración en la que los y las escolares debían identificar el sujeto, el verbo y otro tipo de categorías gramaticales; era una plegaria de otro orden, de otra sintaxis. Descubrí en ellos y ellas cierta fascinación: “Cópiela profe, cópiela”, “Yo me la quiero aprender”, “Yo también”, “Sí, sí, copíemola” -decían insistentemente... Era la oración que tantas veces había pronunciado en las aulas de las escuelas de mi infancia. ¿Por qué querían aprendérsela? ¿Buscarían acaso otra opción, a fin de

no repetir los rezos de todas las mañanas? Pero aquel también era un rezo, pasarían varios días y caería en la rutina. A juzgar por lo observado en los encuentros posteriores, esa oración había llegado para quedarse. No había día sin ella, aunque si había ellos y ellas sin ella. No todos le prestaban sus labios a ese discurso de tinte religioso.

Eran las 8:15, justo después del ritual, doña Berenice entró al aula para preguntar lo de siempre: -¿Cuántos son los niños del restaurante? En otras palabras, ¿cuántos almuerzos tengo que preparar hoy? Gracias a su trabajo la escuela se convertía en embajada de olores y sonidos que tras ser orquestados con ritmo y sazón, devenían en sinfonías alimentarias dirigidas al buen gusto. En la humanidad de aquella señora se revelaba un entramado más de ese tejido institucional llamado Media Luna. Pero... ¿Quién era más? ¿el profesor que calmaba el hambre de conocimiento o la empleada que se esforzaba por mantener llenos los estómagos, mientras los procesos formativos fluían? Detestaba ese tipo de debates, pero era preciso... de no ser por la partida de la profesora Patricia, hubiese seguido problematizando el asunto... Ella se había marchado dejando sin empleo al señor tablero y a las señoras tizas... Entonces volví a darle la espalda a ese tablón verde, debía encontrarme con esos ojos expectantes, bocas húmedas y oídos tímidos... Para los chicos y chicas yo era la nueva profe..., para mí, una practicante que continuaba su empresa formativa en aquella escuela.

XIV

Un tren en movimiento

Había nubes derritiéndose. Así lo anunciaban los retazos de agua que se transparentaban en las ventanillas... iba a llover, o mejor iba yo a ver cómo veían los niños. Me abandoné a sus miradas y justo cuando comenzaba a esculcar, con

un flagrante olor a cocina apareció la profesora Sofía. En sus manos trasportaba un charol en cuya superficie descansaban una porción de frijoles, una salchicha aparentemente saludable por su piel rosada y un pan que pa que sepan, le sacaba la lengua a los infantes, como queriendo evitar su inminente desaparición del planeta alimentario. Nada que hacer. El aparato digestivo de algunos estaba desempleado y había que reñir con la orfandad de las “barriguitas”. No se podía correr el riesgo de que el intestino grueso se convirtiera en delgado por la falta de ingerencia, ¡de ingerencia!... ¿De ingerencia de quién? ¿Del estado? ¿De la escuela? No, de la ingerencia de alimentos. De pronto, justo cuando unas manos agradecidas le daban el adiós a unos platos, muchos ojos atentos le daban la bienvenida a un tren cuyo fuego humeante superaba en espesor al que despiden los trenes que atraviesan las ciudades reinas del mundo... ¿Y esto? Preguntaban los y las escolares al ver cómo esa caja móvil se dispersaba en fragmentos que, como una especie de escarapela que cumple la función de distintivo, se fijaban del pecho de los niños muy cerca del motor de la vida. “Súbete al tren del festival del lenguaje”, se leía en una de las ventanitas de los vagones... en medio de ese ir y venir de textos, voces, humo y sonido, la Guarachera de Cuba, llegó más pegajosa que de costumbre -¡Azúcar!- cantaba alegre mientras guiñaba el ojo y sacudía su cabellera multicolor. -Ella es la que canta *la negra tiene tumbao*, -decían los niños... -¡Claro que sí! Y la fiesta se prendió. Desde su casa disquera en quién sabe qué ciudad celestial, Celia Cruz lanzó uno de sus temas más populares: *La vida es un carnaval*. Y así como Hermes, ese personaje de la mitología griega cuya misión descansaba en llevar, traer y divulgar mensajes desde, en y a múltiples lugares, tiempos y personajes míticos, así también, la canción de Celia descendía de un cielo acaso similar al Olimpo, para traer en tiempo y espacio reales, una encomienda rítmica y verbal destinada a una realidad específica: los y las estudiantes del grado cuarto de Media Luna... Me enteré de labios agitados, de manos al borde de la locura por el exceso de aplausos y de cuerpos inermes ante la dictadura del ritmo...

A ver mis amores, ¿qué van a llevar en este tren del lenguaje? ¿con qué equipaje se van a subir? Confieso que no dije esto en pleno uso de mis facultades, pues tras beber en la fuente de esa alegría infantil emergente, había quedado ebria... Pero era preciso continuar el viaje: -Y tú, Sebastián, ¿qué vas a llevar? -Profe, puedo llevar cosas malas -me respondió -¿Qué cosas malas quieres llevar? - Enemistad -¿Para qué? -Para pelear con los otros -agregó... Sabía que aquella era apenas una de las tantas escenas en las que yo debía actuar. Yo no pretendía desempeñar el papel de actriz protagónica, antagonista, y mucho menos de actriz de reparto, de reparto de regaños. ¿Por qué esa respuesta? Quedé confundida; esperé a estar a solas conmigo o sin mí y pensé en lo importante que sería desanudar los lazos históricos de aquel niño... Recordé cuando en un clima de confianza me dijo, -Yo me amañé mucho en esta escuela, mejor aquí que cuando estaba en el internado, ¡humm! esos padres que no hacían sino pegarle a uno... Continué hurgando su experiencia en el aula y me encontré con un texto suyo: *“en una finca yo JOSÉ tuve una pequeña pesadilla mi pesadilla era de un perro músico el perro tocaba mi trompeta la pulga tocaba la organeta todo era muy extraño era como el mundo al revés...”* ¿Así estaría su mundo?- Pensé. No quise responder, so pena de caer en prejuicios... Necesitaba más signos... De él no sabía mucho, salvo que quería llevar cosas malas al tren del festival, y que tenía talento... Sí, en muchas ocasiones me había sorprendido su capacidad de razonamiento lógico, así como el hálito de creatividad que le imprimía a sus trabajos.

Sacudí mis párpados, recogí la mirada del pupitre de Sebastián y la descargué en Esteban, aquel que en palabras de Manuel, el profesor que había reemplazado a Patricia, era ¡mamón! y en las mías, menester es confesarlo, casi insoportable. De repente, una manito aparentemente frágil se acostó en mi chaqueta: era Luz Daniela quien me palmoteaba. Sí, esa pequeña que después de cumplir con su jornada escolar, debía seguir con su papel de ama de casa mientras sus padres trabajaban... Me preguntó algo sobre la autobiografía que estaba construyendo,

era algo relacionado con la fecha de entrega del trabajo... Escuché en sus palabras una timidez bastante particular. Su mirada se trasmutaba en el espejo de mi infancia - siempre tuve miedos; era poco temeraria y muy temerosa... Mi adherencia social fue, con superlativo incluido, difícilísima...

Y aquel espacio escolar no era ajeno a ello, el trabajo en equipo era generoso en conflictos. Y ahí estaba Luz Daniela completando el tercio... -Yo no quiero trabajar con ella -señalaba Luisa, mientras que Cristian, el otro integrante del grupo, surcaba su frente con las arrugas del disgusto... -Luz Daniela no es sino asolapada, ¡hable como en la fila! -señalaba “el grande del salón”, no sólo por su edad sino por su estatura... De ahí el calificativo que Valentina solía acuñarle: -Usted que es una jirafa ahí”

¡Cristian, Cristian! ¡Se tomaba tan en serio su altura! Cuántas clases habían tenido el monopolio de su voz, él parecía tener muy claro que la lengua es un espacio fecundo para expresarse, pero tenía un poco oscuro que también reclama una actitud de apertura frente a la palabra del otro... Aquel día este chico discutía acaloradamente con Valentina, mientras ella apelaba a los gestos para comunicar su desagrado (Agrandaba los ojos, arrugaba la nariz, sacaba a pasear la lengua lejos de la boca), él, después de entonar la conocida canción “usted si es boba”, se dejó llevar por un ritmo que incendió su sangre. Fue entonces, cuando resuelto a bailar la danza del “tome, tenga, recoja y lleve”, se paró de su asiento y descargó en la cabeza de la niña un cuaderazo que, a juzgar por el ruido que provocó, no contenía hojas sino renglones llenos de letras iracundas.

-Cristian, te sales del salón por favor, -le dije. Cuando cerró la puerta con destino a... fuera del aula, una inquietud lacerante comenzó a corretear por mi espíritu de maestra en formación... En un principio una tendencia maniqueísta salpicó mi reflexión: ¿Eso sería bueno? ¿Sería malo? Después, una voz entre divina y

humana me dijo algo así como que excluir para incluir no era un pecado pedagógico ¡Válgame Dios!

“Hágase la calma”- pensé..., y la calma se hizo en mí... Caminé lentamente por las avenidas del salón y advertí un papelito que circulaba por entre los dedos de Yinara, Esteban y Yanisley... -“ridícula” le decían a Valentina... ¡Con cartas así, para que llamadas telefónicas! Advirtieron mi presencia y como niño egoísta que se hace el “nada tengo” cuando los vecinitos lo descubren en una situación envidiablemente lúdica, así ocultaban los susodichos un texto cuyo contenido indicaba que sus lápices no sólo se utilizaban para fijar en el cuaderno los tipos de oraciones, las lecciones de religión, las divisiones de dos cifras, la firma de los tiquetes de la buseta, los “what’s your name?” de inglés o los dibujos de artística... No. También desempeñaban otros menesteres clandestinos. No pude aprehender la noticia, la habían arrugado tanto que la cara de una ancianita de 110 años luciría fresca...

XV

¡Revolotean las palabras!

El encuentro continuaba fluyendo...No dudé en extenderles una de las invitaciones del segundo vagón de ese festival del lenguaje en cuyo tren nos habíamos montado en una mañana en la que el entusiasmo asumía una actitud contestataria ante la arrogancia del frío... Apelé a la tiza y fijé en la parte superior izquierda del tablero: NOMBRE DEL ENCUENTRO: “LETRAS VIVAS SOBRE MI”. De pronto, un de pronto no tan pronto por los minutos muertos para el tiempo pero vivos para el aula- descubrí unas hojas vestidas de múltiples colores; era como si estuvieran celebrando algo muy especial. No era para menos, en ellas había un nombre y una imagen particulares. Mi rostro fue testigo de cómo muchas y

muchos, ya con pedazos de crayola, ya con letras de tamaño enorme o de microscópica dimensión, ya con dibujos del campo, del nochero, del patio, de la ciudad, y hasta de Egipto, aunaban esfuerzos para expresar algo de su ser.

Juanguí dibujó algo lúgubre, sórdido, ¿Y eso? ¿No se trataba acaso de términos muy abstractos? Quizás no para él... pues había otras formas de expresarlos... Acaso en los espacios lúdicos en los que tantas veces había estado con sudadera –de sudor y de traje- nunca había jugado a la dimensión triádica del lenguaje pero su dibujo tenía forma, sentido y, por supuesto, una intención. Ahora bien, ¿qué tensión o que intención? Me hice la misma pregunta cuando me regaló una foto de tamaño considerable, era su primera comunión congelada en una imagen. - Gracias Juan- le dije. Me disponía a alargar mi discurso cuando escuché una algarabía a pocos pupitres. -¡Morcilla, morcilla! ¿Pero qué fue eso? Guardé el regalo, puse en perspectiva a todo el grupo y antes de hablar, pensé: ¿morcilla? No, no, no, por acá no hay de esos vendedores ambulantes que recorren los barrios con cocinas móviles. ¡Algo no olía bien! Levanté la vista con decisión y descubrí que dicha palabra, lejos de tratarse del consabido alimento, adquiriría el significado de un insulto... En la piel negra de Valentina se había inspirado Esteban, uno de los escasos niños del Ocho, para descargar sus disgustos. “¡Morcilla!”. ¿Así acostumbrarían a llamar a los negros en su barrio?, lo pensé, lo pensé bastante...

Después de invitar al sosiego me puse a contemplar las vaquitas de José... ¡Qué ternura! En él no había palabras sin boca y sin vaca... Vacas en sus dibujos, en sus cuentos, y hasta en sus sueños, pues cuando la elaboración de su autobiografía le preguntó hacia dónde quería orientar su vida y a qué le gustaría dedicarse, la expresión -Me gustaría llegar a la universidad y dedicarme a ordeñar -satisfizo la inquietud. Creo que si yo llamara a lista todos los días, este chico no diría presente sino ¡Muuuuu!; ja, ja, ja. No mentiras, José era muy especial; había que ver la ansiedad que experimentó el día en que todos y todas volcaron sus

ojos, su emotividad y su memoria sobre una mesa llena de fotos; en éstas aparecían los colores, los lazos afectivos y los olores lejanos y recientes de los y las escolares. Mélani, la nena que dijo alguna vez: -yo no necesito aprender porque ya sé demasiado, chapuceaba en una piscina donde parecía estar aprendiendo a nadar. Carlos, el de los permisos para el baño cada quince minutos, y el que cada rato se trenzaba en peleitas no tan itas con Jhonatan, el chiquito de la clase, figuraba en un patio solitario, o mejor, figuraba solitario en un patio... Ese paseo por los espacios, los tiempos, y las experiencias propias y ajenas gracias al encuentro con las fotos, emocionó tanto al grupo que hasta Cristian, ese que se resistía a divulgar sus relatos fotográficos, optó por ponerlos en evidencia, (no digamos en evidencia).

Y casi todos parecían leerse... “Yo me identifico con una mariposa”, dijeron cuatro chicos a través de un dibujo. Recordé que ése era el ejemplo que yo había puesto cuando expliqué el ejercicio. Entonces las palabras de una profe de la U de A empezaron a revolotear en mi cerebro, -“hay unos que van a optar por copiar, por repetir, pero hay otros que imaginan, crean y hacen cosas muy valiosas”. ¡Cómo no! Estaba totalmente de acuerdo. A los primeros era preciso abrirles la puerta para invitarlos a subir al tren; los segundos, reclamaban compañía en su viaje. Pero las ideas de David parecían reñir con la copia. Mientras me mostraba una princesa egipcia y me hablaba de su interés por esta cultura, dejaba salir de su cuaderno una puntica de hoja donde alcancé a leer: - “me identifico con un lobo por su forma de atacar...”; más abajo leí: “llevar crías al lomo” ¡Vaya! El chico que siempre llevaba un mecato más en su morral para compartir con sus compañeros, el que hablaba de computadores, enciclopedias y salidas a sitios turísticos, se identificaba con la especie lobuna... ¡Qué lobito tan solidario! Y era que en aquel microcosmos, en ese cuarto de cuarto grado, los lazos en tensión también cedían ante los nudos o los nudos del afecto. Risitas iban y venían, toquecitos allí, palabritas allá, caritas a aquel, favorcitos a ellas...

-Ese grupo es muy bueno- decía Eucaris mientras contemplábamos las montañas aledañas a la institución. Manuel asintió. De pronto, un ademán de disgusto ganó su fisonomía, en un principio asocié su malestar facial con una conducta censurable del tinto que rozaba sus labios caribeños. Pues el negrito, el tinto, echaba más humo que un fogón encendido con leña húmeda. Pero no. Era la indisciplina de algunos y algunas estudiantes de los grados tercero y quinto la que lo había puesto a fruncir el entrecejo. No era la primera vez que su frente jugaba al acordeón... En una ocasión, invité a Cristian a leer un capítulo de su biografía. Un -no quiero leer, congeló mi invitación. Fue entonces cuando poseído acaso por una pasión virulenta, Manuel abandonó su asiento, caminó con vehemencia y dirigió a Cristian el misil verbal que a continuación se lanza: -Cómo así que no quiere hablar. Usted se cree aquí más que todos. Habla y habla y cuando tiene que hablar se niega. Me hace el favor y respeta... Una vez más me preguntaba..., lejos de qué hacer, ¿qué ser?, ¡Qué ser! ¿Qué es ser? ¡Qué, es ser! ¿Qué es, ser?..., Admítanse todas las variantes morfológicas, sintácticas, pragmáticas, semánticas y políticas que sugiere esta expresión...

Acaso mis temores no superaban a los que Brayan experimentaba cuando su papá le pegaba a su madre; a los que Sebastián sentía ante la posibilidad de regresar al encierro de un internado o al que sentían tantos y tantas cuando los profes comenzaban a regar voces bastante alentadas. Como electrizadas por una corriente fiera iban atravesando los cuerpos. Aquel día yo tomaba las onces -como dicen los bogotanos- una voz proveniente del patio casi me hace tragar la forma y el contenido del sánduche... ¿Será mejor tener hambre o tener ese carácter?- Me preguntaba. Opté por seguir comiendo. Minutos más tarde me puse a caminar por el parque mientras observaba pedazos de infancia balanceándose en los columpios. Serán o no serán. En el contexto del parquecito significaría acaso: ¿serán o no serán capaces de bajarse de ese palo? Pero en el contexto de lo humano, el asunto no era tan lúdico. Experimenté cierto escalofrío cuando por una invitación desde los abismos más profundos de mi condición, ese "serán o no

serán” se metió conmigo... Que vaina con los parques, de pequeña no me gustaban, uno se vuelve muy filosófico allá, máxime cuando observa paqueticos de infancia que se lanzan de un lado a otro sin más horizonte que unos tubos que acogen sus brincos... Hacía bastante sol, así que decidí retornar al salón, me dio gusto ver a los chicos y chicas hablando de sus gustos. Para entonces los niños viajaban en el segundo vagón de un tren que les había dado el pasaporte para hacer el recorrido por los rieles de su historia.

Era un tren enorme el que se fijaba en el tablero... sus diez ventanas hablaban de diez bulticos de letras vaciando vida... Cristian Javier y Cesar no desaprovechaban espacio y tiempo para traer la cancha de fútbol al aula... no estaban en educación física ni gozaban del descanso, no obstante, ese poder simbólico del lenguaje les permitía tener sobre sus pupitres una réplica del lugar en donde corrían tras la redondez de una pelota y acaso tras el sueño para ellos alcanzable de ser jugadores con fulgor propio. Entonces podrían brillar en Nacional - en el verde, verde- como cantaba Cesar; en el Boca de los gauchos o, por qué no, entre los galácticos del Real Madrid... -las fantasías pueden hacerse realidad -señalaba José, después de degustar la canción *sueños* de Alejandro Lerner y Soledad. Un tema que hizo levantar manos y abrir bocas de diámetros enormes...

Pero ¿Cómo sé qué ser para permitir ser? Qué preguntitas se ocurren cuando el sueño emprende la fuga... Presintiendo acaso el regaño mis ideas se volcaron hacia el infinito; allí percibí el delfín con que Andrés se había identificado aduciendo: -porque es bello, es la libertad en el mar” Alcé la vista y vi volar una palomita. Unas palabras de labios menores de diez, se derramaron en mis ojos: - Me identifico con una paloma porque me gusta como son de libres y cuando sea grande voy a ser libre como ellas...

Incierto, así pararía todo en ese plano de sujetos inconclusos... Yo maestra, yo alumna, yo, yo...El fenómeno del yoyo sujetaba mi mente... Y ellos copiaban hasta hartar los dedos y despilfarrar tinta...Ellos, ellas y yo en medio de un medio, de una Media Luna. Algo estaba pasando, algo me faltaba, algo esperaba en mí. Una partida, acaso...

XVI

La incertidumbre de la dama del ajedrez

Un viento adusto sacude los hilos de la tarde. La extinta calma ha sido sucedida por un revoloteo incesante y allí, en medio del canto eólico y el viento danzante, ella intenta rasgar los velos que cubren los intersticios por donde se puede escapar el primer movimiento. La apertura a la partida es inminente. Las fichas están dispuestas, prestas también aparecen las del otro... Todo parece indicar que... ¡Vaya!... ¡Algo se ha posado en una de las diagonales!

Ella observa sin reservas, cada cuadro negro se convierte en blanco de su mirada... Ve corretear por allí el hálito de la duda. Entonces desliza sus manos por la superficie del tablero y toma posición nuevamente. Varias imágenes y un campo: una partida. Ella se toma la cabeza con sus dedos, aprieta su decisión y luego, luego vuelca su ser sobre ese juego de tensiones que la asiste. La apertura es un hecho, un movimiento hacia delante lo revela, una respuesta del otro lo confirma... un nuevo paso quiere ser caminado. Por ahora, ella se ocupa de interrogar la dinámica del encuentro. De pronto, justo cuando su reflexividad se dispone a preparar la próxima jugada, las líneas del centro comienzan a revelarle a través de codazos que van desdibujando las simetrías del terreno. Es entonces cuando un flujo de relaciones asimétricas hace su arribo para conmocionarlo todo. ¿Y ahora qué? Se pregunta en medio de un flagrante titubeo... Cuando se

reencuentra, descubre que por las arterias de su existencia transcurre una posición, una ética que la nutre, una intención que la robustece y un espacio que la lleva a otro tiempo.

Entonces extendió su mirada hacia aquel que la acompañaba... Acto seguido, volvió sus ojos sobre el tablero... y, como ave libre en aires sin soberanías, puso a circular la dama por el camino que había despejado en la jugada inicial. La misma expectativa que presenció su maniobra, advirtió el momento en el que el otro empezó a mover la ficha de su historia en un gesto casi magistral. Y no solo disponía, él proponía. Esa complejidad emergente hizo que la dama apelara al terreno de las estrategias; sabía que la empresa era difícil y el retroceso impensable. Máxime cuando su sabe parecía encogerse.

Miró de nuevo hacia el frente y, sin quererlo, se dejó embestir por el aleteo de la incertidumbre. Mientras soportaba esta fricción, un característico olor comenzaba a serpentear por los predios de su subjetividad... Después de sustraerse a su olfato, dejó caer su mirada en ese tablero proveedor de angustias, de inquietudes infinitas... Pensó su tiempo, sintió su espacio y, viendo la dama en medio de la incertidumbre, procedió a llevar a cabo un enroque para protegerse. Estaba a punto de terminar la jugada cuando un titubeo que se había escapado para sembrar la duda en una partida vecina, interpeló su decisión. No pudo vencerlo. Optó por congelar la jugada. En lo sucesivo, su ser empezó a estornudar; era como si quisiera expulsar por cualquier abertura la confusión que la asistía... Terminó cediendo a esa sensación de gripe existencial...

En esta vez, se detuvo primero en la dinámica del ajedrez y luego fijó su atención en quien compartía el juego. Era evidente que el tren del asombro había parado en su estación... Fue entonces cuando, tras volver la cabeza y extender una mano, decidió apelar a una servilleta que custodiaba algunos pasabocas. Después de asirla, comenzó a verter, verter y verter palabras... Al instante, un entramado

de hebras negras cubría el papel otrora destinado a los menesteres culinarios. Minutos después se retornó, se la veía más fortalecida, más abandonada a las urbes de la expectación.

Tras ese impulso escritural, pasó de nuevo sus ojos sobre su acompañante y permitió que el juego la volviera a ganar. A juzgar por el movimiento efectuado, optó por dejar la dama a merced de la incertidumbre. Estimaría acaso que las certezas podrían poner en jaque sus búsquedas... Entonces asió el caballo de la decisión y saltó por encima de sus contingencias. El juego estaba abierto, de la partida inicial solo quedaba una telaraña de recuerdos... Ante esta jugada, la reacción del otro no se hizo esperar. Lucía dubitativo, impotente, casi inseguro. Ella hizo acopio de paciencia. En medio de su espera, comprendió que esa empresa debía sustraerse a los influjos del tiempo mensurable, lo cuantificable no debía imperar allí. Y así, tras su tiempo sin medida, su compañero, no su contrincante, ni mucho menos su rival, deslizó un alfil por una de las grandes diagonales. ¡Tenía hambre de juego! ¡no obstante su aliento pueril, tenía sed de lucha! Ella leyó la situación y..., comprendió que su saber apenas empezaba a gatear. Aquella experiencia le estaba desmontando todo, la estaba dejando sin asidero. Respiró sin profundidad y tras citar la reflexividad, empezó a reconstruir, a construir y a deconstruir...

Por su razón, por su sentir y por su memoria, empezaron a circular episodios remotos. Entonces se trasladó a una tierra donde el canto del frío no enmudece y el olor a campo nunca cesa. Era la región cuyos ojos fueron testigos de su infancia y de su adolescencia. Escrutó sin reservas aquellas épocas y descubrió, en hechos cotidianos y experiencias escolares, que el momento actual no era algo inédito en las páginas de su existencia. En múltiples ocasiones había sido sitiada por la malicia de la curiosidad. De ella podrían dar testimonio los caminos de su hogar, los corredores de su escuela y las paredes que presenciaron los últimos sorbos de su vida de colegiala.

Después de esa retrospectiva, una cotidianidad inadvertida empezó a desfilarse por su acción; descubrió los cuadros del tablero; ya no solo había blancos y negros, un campo variopinto desnudaba su fisonomía. Observó también la mirada inquisidora de su compañero... comprendió al fin, que no podría continuar esa empresa si no trasmataba su mundo en un espacio que legitimara la posibilidad de problematizar lo que se daba por cierto, lo que emergía sin esperar y lo que esperaba emerger.

Ahora era el turno de los dos. Movieron al unísono su asombro, su suelo, sus raíces, su historia; los cuadros parecían ampliar sus dimensiones... Entonces había todo un mundo por explorar... En ese instante, ella fijó su mirada en esa partida ahora colosal y advirtió la dama que... La dama parecía sonreír mientras decantaba su alrededor. A juzgar por su rostro, los visos de la incertidumbre continuaban asediándola. Albergaba acaso en su existencia, la idea de que el camino era incierto. La única certeza era la duda y la única verdad era el asombro...

XVII

El fulgor de un relato

*Todo escribe alrededor,
esto es lo que hay que llegar a percibir.*

Marguerite Duras

Algo había pasado, ¿emergencias quizás? Acaso. El hecho era que un tumulto de voces revoloteaba en el aula. Ellos y ellas esculcando su vida en fotografías añejas y experiencias recientes. Vistosidad de paisajes en unas, lúgubres trajes en otras. Algunos niños acompañados de una madre sonriente, otros guardando el renglón del padre que mora en la ausencia. El chapuceo en la piscina de la comodidad en muchas, otros en un patio solitario entre hierbas reseca; unas entre reuniones familiares, otros entre familias de soledades solas. Niños y niñas en las imágenes fijas de un tiempo móvil. No se exiliaba la risa, hasta la burla tenía su asiento. Lo siento. Pero –“Miren a Valentina cuando estaba chiquita”, “¿y eso dónde era?”, “ésa era tu hermanita”, “es que yo era muy lindo”. Una fotografía siempre tendrá un alto poder evocativo, es la versión plástica de la vida vivida. Narrativas diversas, modos alternativos de contarse la propia historia.

Amanecía de nuevo en las imágenes. Tocaban a la puerta. -Buenos días. –dijo alguien al otro lado. Al abrir, Ismena descubrió una voz invisible buscando hospedaje. -Bien pueda entre, -dijo ella entre coqueta y complacida. Después, un murmullo proveniente de las parejas conformadas hablaba de un visitante celosamente acogido: ¡diálogo! Unos y otras, otros y unas hablaban de sí mismos. Se entrevistaban: uno leía cuentos, aquél escuchaba reggaeton, aquella veía televisión en su tiempo libre, al otro lo ponían triste las pelotas que el papá le daba a la mamá. Aquél viviendo entre las montañas de un campo fértil, ésta bebiendo el humo de los carros en las calles ruidosas; unos peleando con los números, otras viendo monstruos en la lectura, y muchos viendo cómo la palabra escrita les sacaba la lengua. Diferentes idiomas...

Volvía el viento calmo del silencio. Cada uno y cada una fotografiándose en las palabras que dejan huella cuando se embriagan de tinta. ¡Cuánto había en sus relatos!: nombres, nacimientos, anécdotas, gustos, desgracias, aprendizajes, sueños...Y seguían soñando sin cerrar los ojos. Ismena procuraba mantenerse los abiertos. Los párpados caídos son los indicios del letargo. Pequeños dedos

urdiendo un “saber sobre sí” para aprender, con Freire, a pronunciar su palabra. Niños y niñas haciéndose amplios en sus cortas trayectorias, subjetividades abandonando su raquitismo en el valor nutricional de su propia trama. Entonces a la par de la narración de la propia vida, el acercamiento a los misterios del lenguaje, a su puesta en escena en el orden y en el sentido. Se aprendía a escribir escribiéndose y leyéndose era como se leía. La escritura no era ahistórica ni huérfana de un yo capaz de encarnarla.

¡Un texto en formación! Acaso baste la vida para terminarlo. Cada ser humano guarda en los anaqueles de su alma un amasijo de recuerdos que asciende por las cumbres de la garganta buscando el túnel que lleva a ese afuera de oídos y de voces. Le escuché decir a Bruner que: “Somos tan buenos para relatar que esta facultad parece tan ‘natural’ como el lenguaje”¹². ¡Cómo no! Todo encuentro es un despliegue de acontecimientos: unos se verbalizan en el afán de contarse y otros se cuentan en el verbo silencioso de los gestos.

Apostarle al sentido en el sinsentido de las fórmulas y las recetas. Ismena lo tenía claro. Los manuales traían aparejado un camino prescrito que no permitía la posibilidad de extrañarse. La narrativa ofrecía otro camino...Las ventanas del aula se abrían y corrían las cortinas de la indiferencia: polifonías cruzando los pequeños umbrales y entre la multivocidad, Paulo Freire: “Existir, humanamente, es “pronunciar” el mundo, es transformarlo. El mundo pronunciado retorna a problematizar a los sujetos pronunciantes, exigiendo de ellos un nuevo pronunciamiento”¹³. Entonces... ¿por qué no decirse? Quien se interroga y problematiza su historia no se sube al tren sin algo que llevar en su equipaje. Enmudecerse ante la propia existencia es resignarse y, alguien decía que la resignación es odiar algo en silencio.

Niños y niñas montándose en ese tren, aquella vez, del lenguaje. Viva, dinámica, al margen de lo exánime y lo inerte. Tal era la palabra que se hacía visible en ese

escenario donde Ismena, ellos y ellas, otros y otras, coincidían para decir... En medio de ese archipiélago de voces Freire atinaba a señalar “La educación auténtica, repetimos, no se hace de A para B o de A sobre B, sino A con B, con la mediación del mundo”¹⁴ ¡Hay tanto de sugestivo en la expresión con!: lejos de una simple preposición lo que subyace en ella es la proposición de apostarle a un modo alternativo de vida en las aulas; cuando el pensamiento se intimida, el miedo levanta su trofeo; cuando la palabra del interlocutor se aplasta, el derecho a la voz se viste de luto; cuando no se puede ser más en la cárcel del ser menos, ¿para qué ser? ¿dónde queda la palabra personal? El lenguaje abre su abanico y el conocimiento se resiste a eternizarse en los laboratorios... Ella los y las había escuchado. Ahora necesitaba escucharse y seguir narrando...

XVIII

Abrázame lengua

*Nadie anda en su lenguaje con un
único horizonte en su camino.*

Los semestres corrían como el vuelo del ave migratoria que busca cobijo en otro lugar. Se hacía tarde y la universidad, el *Alma Mater*, me esperaba y yo esperaba en ella. Siempre quise estar allí. Acaso nunca soñé con castillos, con hadas madrinas ni con príncipes azules. Soñaba con ser una universitaria de esas que van de un lado para otro en busca de aquello que no se exhibe en el mercado. Acaso porque lo más valioso no tolera las monedas. Se hacía tarde, la puerta abría sus alas y el ingreso era masivo. El tropel me perdió o me perdí en él. Leí en esa pérdida la promesa del reencuentro. Entré con decisión y crucé con mis pasos decididos la plazoleta de muchas mañanas y de muchas tardes. Un vientecillo estremecedor me hizo cruzar los brazos y recogerme en mi cuerpo, como un pájaro de sol en plena Antártida. ¡Qué extraño! los bloques habían cambiado de número o algo en mí estaba cambiando: mi mente obnubilada, mi mano cubriendo con su manto esas embestidas glaciales y una turbulencia inusitada anunciándose

con su trompeteo... ¿Qué era eso? Y el conversatorio me esperaba... no alcanzaría a llegar a tiempo. Pero no sabía cómo continuar. Volví en mí por un instante y seguía pensando en la charla. Entonces una avalancha de ideas asaltó los predios de mi desasosiego: “La formación es llegar a un punto que no se conoce [...] aprender solo es posible desde lo oculto, desde lo desconocido: *Para llegar al punto que no conoces debes tomar el punto que no conoces*, decía San Juan de la Cruz”¹⁵. En medio de mi desconocimiento reconocí la voz de Virginia Ferrer, comprendí sus palabras, me estremecí, le pegué una bofetada al viento que ya parecía congelarme y continué. ¿Y el conversatorio? Si me diera tiempo. Retomé el camino, esa travesía me encontró con lo impensado, lo inverosímil, lo vivido de otro modo.

En una mesa angosta pero amplia en su oferta encontré mis literaturas. Cuántos ratos extensos bebiendo esas letras. Cruzadas eternas por los terrenos agrestes de lo humano, por sus abismos, por esa especie turbia y clara que es el ser. Cuántos libros. Sonreí. Acaso correspondí a un guiño literario. Sentía una felicidad esquiva pero alegre. Hay felicidades tristes, lo sé. “Dios mío, solo un momento de bienaventuranza. Pero ¿acaso eso es poco para toda una vida humana?”. Cómo no reconocer en esa expresión el último suspiro de las *Noches blancas* dostoiévskianas. Seguí sonriendo, al fin pisé el suelo de mi Facultad, ya caminaba de prisa por los pasillos, el frío había agonizado, llegaría a tiempo al conversatorio. Crucé varios umbrales, me seguían deteniendo: signos, signos, signos, pequeños trazos diciendo grandes cosas. Me detuve en la puerta de un salón y escuché algo así como “... el ser humano se presenta como un ser abierto que siempre busca ir más allá y trascender sus propios límites (la sabana, el mundo, el sistema escolar, el universo) la historia del ser humano y de su hominización ha sido la historia de la ruptura con sus límites [...] (formarse ha sido siempre eso: viajar a otras tierras, explorar y trascender las limitaciones)”¹⁶. No fue estéril ese detenimiento; había algo de familiaridad en esas voces, cómo me hubiera gustado seguir allí pero... el viaje continuaba. Apuré el paso, qué extraño, algo pasaba, era como si yo me

hubiera vivido en esos espacios. Las aulas de siempre abrían sus puertas de par en par, reconocí a mis profes, descubrí a mis cómplices de carrera: amigos y amigas de una misma empresa: ser maestros y maestras de lengua y literatura.

¿Se hacía tarde? No lo sabía, yo viajaba en mi tiempo. Habité esos lugares. ¡Vi tantos rostros! Por allá la investigación en su preguntar sin declives, por acá la lingüística con la lengua afuera. Muy cerca la didáctica con sus manos agitadas y su mente insomne. No muy lejos la pedagogía con sus búsquedas continuas y, allí estaba la literatura con sus mundos posibles. Puse mis ojos en esos rostros, los volví a ver...Cuánto fuego en sus miradas; cuántos aprendizajes en ese mirar de otro modo. Salí de allí con la robustez de un alma que no acababa. Apuré aún más el paso pero, presentaciones escénicas, música, bailes y en un cartel de proporciones ciclópeas un letrero diciendo: *Semana de reencuentro con la palabra*. Me involucré. Entré en ese escenario de lenguajes abiertos, de asombro, de fe. Sí, de creer que se puede crear, que se puede encontrar sentido de otra manera. Cuánta belleza en lo bello. . En medio de ese despliegue de representaciones, de arte y vos, me reconocí en la figura de una joven que empuñaba un micrófono y entonaba un canto con el que acaso quería significar más que un canto. Recuerdo muy bien mi interpretación:

Y esto qué te dice a voz
maestro que anda en el mundo
de aquellos que sin razón
en la palabra no son
y buscan ser en el mundo.

Claro. Era ella. Quería quedarme allí, pero... ¿Y el conversatorio? Continué. Un fulgor entre coqueto y osado empezó a encaramármese en el cuello. Lo sentí, volví el rostro y una cartelera me devolvió una caricatura. La reconocí y reconocí en ella algo más que un simple diseño...

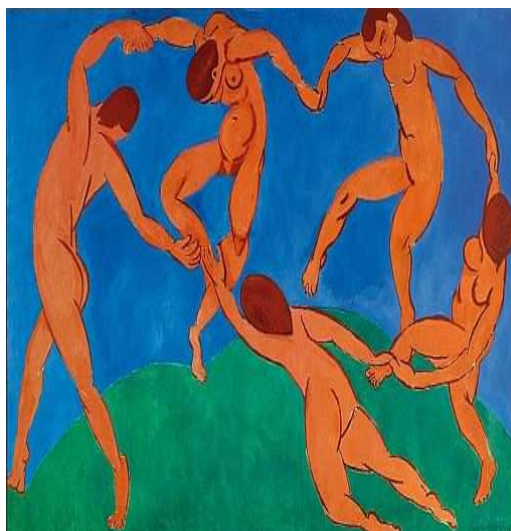


Los signos no eran inocentes. Me acerqué más... ya con esa imagen tocando mis ojos descubrí en su trasfondo la danza de unos trazos que le apostaban a otro modo de concebir el lenguaje. Luego pensé: cuando la lengua se vuelve fría aparece Babel con su confusión y su sordera. Se necesitan palabras que no desmayen en su vigor, oídos que no aseguren sus ventanas y acciones que no firmen sus divorcio con el pensamiento. Seguí pensando, inauguré otros paso, esta vez en las escaleras que llevaban a otros pisos; crucé otros umbrales, otro salón, pasé con sigilo pero una conversación me detuvo en la puerta, reconocí la voz de Jorge Larrosa, decía algo así como: "la idea clásica de formación tiene dos caras. Formar significa, por un lado, dar forma y desarrollar un conjunto de disposiciones preexistentes. Por otro, llevar al hombre hacia la conformidad con un modelo ideal que se ha fijado y asegurado de antemano. Mi apuesta sería pensar la formación sin tener una idea prescriptiva de su desarrollo ni un modelo normativo de su realización. Algo así como un devenir plural y creativo, sin patrón y sin proyecto, sin una idea prescriptiva de su itinerario y sin una idea normativa, autoritaria y excluyente de su resultado, de esos que los clásicos llamaban 'humanidad' o llegar a ser plenamente humano"¹⁷.

Sí. Esa verdad tenía antecedentes en mis sospechas. Los pétalos verbales que lanzaba Larrosa le daban vigor a una formación ajena a los esencialismos y al inconfundible olor de los modelos hegemónico. En mi inquietud, pensé: mientras haya que transformar, hay que resistir. Robustecí mis pasos. De repente, una pared puesta a escasos metros me aturdió con un grito. Volví el rostro y, descubrí varias imágenes:



El grito, Edvard Munch



La danza, Henri Matisse

¡Dios! Cuánta tempestad en ese alarido mudo. Pero la existencia es eso... Me acerqué con fingida tranquilidad. Percibí cerca, muy cerca, una exhalación artística de Matisse. ¡Claro! Era su danza. Era ese ritmo melífluo que atrae un sí desprevenido, que no exilia, que abraza. La angustia y la fiesta coexistiendo en esa pared de cemento adusto. Pero no había avaricia en ella. Seguí desvistiendo sus capas. Ya en la hondura visible descubrí una imagen que ganó mi tiempo. La miré... No sé cuántas horas me pasaron allí...Un signo, una silueta, una mujer transluciendo su imagen en un estanque, en un espejo líquido, acaso el espejo que la dibujó sin conocerla. Escuché el quejido del silencio y seguí leyendo en lo profundo: una mujer buscando su propio reflejo y entre éste y ella, una pluma. Una

mujer fluyendo en la palabra, una mujer urdiendo la existencia con los hilos de su historia...



Andino

Retomé el camino, necesitaba despojarme y despejarme, bajé las escaleras y descubrí el manto de la noche acostado en la alfombra húmeda del aire. Anduve y anduve y a lo cerca, descubrí una fogata con su llama humeante. Alrededor, muchos y muchas conversaban. -Hola, -les dije. -Te estábamos esperando - señalaron. -Es tu turno -agregaron. Está bien: procesos de subjetivación y resistencias en algunas mujeres maestras y escritoras. -¿Quieres decir algo más? -Insistieron -siempre tendrá el ser humano algo que decir -señalé...Por hoy, gracias por la espera y por la escucha. Debo partir, mañana debo seguir buscando... tengo hambre... hasta pronto...

XI

Makuira: princesa del desierto

*La escritura considerada como el otro espejo
donde el yo-creador, el yo empírico se miran,
le ofrece a la escritora la imagen de su descubrimiento,
de su creación (el yo lírico, el yo implícito)
y la comprensión de su oficio como un proceso en espiral
y además oscilante exige el reto e inclusión
de otros personajes femeninos,
de otras imágenes de mujer.
Quimbayo y Burgos.*

Poesía en la selva, letras bebiendo el vaho de los árboles, ojos cediendo su retina a los caminos sin rutina, sin pavimentos; cuerpos habitando el perfume de las flores y el agua que corretea sin apuro. Aquel día fue mágico. El fardo de cansancio que se asentaba en su espalda como plomo, fue quedando en cenizas, cual papel que se extingue ante el colmillo hambriento de una llama. Era una mañana a las diez. No había sol pero su ausencia se dissipaba con el fuego de las letras y con el humo de las voces de hombres y mujeres que se encontraban para escribir, conversar, escuchar, poetizarse, narrarse y... ser...

Estaban en el lugar. ¿Makuira? Leyeron con curiosidad. Sí, un cartel de madera les devolvía el nombre de la finca que los acogía: una alfombra vestida de verde en medio de los muros de concreto, del bullicio reacio a la mudez, del ahogo de las calles, de los vehículos que desobedecen a la luz roja, de la ciudadana o del ciudadano que transita su ciudad sin habitarla. Descargaron las maletas y se montaron en ese navío de naturaleza reciente y coqueta. “¡Qué es esta belleza!”, “Y ese quiosquito para hacer una tertulia”, “¡Mira, allí podemos almorzar!” Y al interior de la casa, libros con las manos abiertas en los estantes, guitarras despiertas en las paredes y muy cerca, exhibiendo sus retratos en una melodiosa

galería, Shubert, Mozart y los tres magos que recreara Carpentier en su *Concierto barroco*, a saber, Hendel, Vivaldi y Scarlatti.

Después de recorrernos y de reconocernos adentro y afuera, Marga López, una mujer maestra y escritora de cabellos armoniosamente dispersos, ojos atentos y un alma capaz de dejarse leer, decía: “Todo lo que diga de mi ser es importante”. Con un aire mítico continuó el saludo de bienvenida. “Este nombre es mágico. Estamos en Makuira, una isla total dentro de Medellín y Envigado”. José, el dueño del lugar aludido sonreía alagado. Ella continuaba: “Ojalá se enamoren de esta palabra. Uno con enamorarse de la palabra ya puede ir a trabajar la leyenda”. Pero la curiosidad no daba tregua. ¿Qué quería decir Makuira? -Preguntaban. Iban por la leyenda. La poeta retomaba: “Es una serranía en el desierto de la Guajira, es un bosque nublado con pececitos de agua dulce, con un ecosistema que vive porque el mar envía una nube y la nube se atrapa con el bosque...” Luego cedía la palabra a José, un viajero irremediable que también se había empapado de la humedad de aquel sitio. “En la comunidad Guayúu es un lugar sagrado. Para los indígenas Makuira significa princesa del desierto”. Entonces la finca de don José hacía homenaje a aquel lugar legendario.

- *Marga, tú hiciste un poema muy hermoso llamado Macuira, ¿recuerdas?*- decía Claudia, otra de las mujeres presentes en ese banquete de escritura y pasto. Sucedió así: nos fuimos de nosotros, solo quedó la voz de una mujer: “Y si quieren lo escuchan con los ojos cerrados para que hagamos un poquito de ensoñación”. Dice:

MACUIRA

Entonces Mareiva los convirtió en cerros.
Y les mandó el árbol de Morva
para que comieran los pájaros.

El pez Itojoro
creó su danza
para atravesar el desierto de La Guajira
hasta encontrar
la Dulce Agua.

Ya el caracol
había levitado el mismo espacio
y humidaba la bruma del bosque
posible sólo
por la nube de cada noche
atrapada en la hoja.

La Macuira encerrada
en su pequeño milagro
guarda
la flor nublada
y el ave de morva
la re posa
y fecunda.

Un espíritu la abluciona del mar
y en su desierto
una mujer wayúu
la rodea
llamándola:
Macuira Macuira.

Hija de La Sierra

Hermana.
Los hombres convertidos en cerros
Fuego del Agua
Tierra del Agua
Sangre del Agua
regresan en los Centros de la Noche
a su Padre Mareiva.

Hija de La Sierra
Macuira
Hermana.

Volvieron en sí, al tiempo que escuchaban la invitación que ella les hacía:
“Tenemos que conocer las leyendas de nuestro país.”

Ismena también estaba de vuelta. Mientras observaba a Marga llegaba a su memoria la tarde en que la había conocido. Ese día hablaron por espacio de no sé cuanto tiempo porque en las casas que moran en las montañas las horas no se dejan asir. Dijo tantas cosas... y no solo a través de su voz. Todos sus rincones hablaban: libros allí, allá, acá... En los lugares más inverosímiles encontraban cobijo las letras, el arte, la poesía... Hasta la monótona costumbre de ir al cuarto de baño resultaba placentera. Ismena lo había advertido cuando al entrar en esas pequeñas piezas de la intimidad descubrió unos ojos expectantes. Los amagos de rubor se disolvieron cuando descubrió que se trataba de una mirada poética. Sí, era León de Greiff con su *Canción de Sergio Stephanki*. Cuando Ismena leyó el poema de quien, invitado por el buen gusto de una mujer amante de la literatura, se daba permiso de habitar sin reparo la privacidad de aquel espacio, recordó la estrofa de una creación del mismo autor. Decía algo así como:

Quiero palabras: (palabras...! –no es pequeña

La ambición, sino grande y zahareña)
Quiero palabras, palabras, para urdir una canción...

¡Claro! *Sonatina alla breve* se llamaba el poema... lo había leído una tarde de veladas con el lenguaje en los corredores poéticos de la Universidad de Antioquia. Evocarlo allí, en ese paraje de hierba fresca y vientos vigorosos, era tan agradable como misterioso...

XX

El despliegue de las voces en los misterios del universo

Este lugar me agrada. Entre tantas creaciones no puedo evitar ese vuelo que retrocede hasta los seres que el olvido no doblega en la memoria. Has vuelto a visitarme, Martín. Está bien, entra. Cómo exiliar las experiencias de un yo pasado que no pasa... No estás, pero estás... En tu ausencia te haces presente. Hemos permitido que nos gane la distancia y eso no es conveniente. Y aunque la imagen de tu infancia está incólume ya no retengo la nitidez de tu voz. ¿Recuerdas la última vez que nos vimos? Ya no tenías el rostro imberbe. “estamos creciendo...” - te dije. Si supieras... La magia de este día me hizo retomarte. Extraño nuestros encuentros de antaño. Cómo olvidar esas conversaciones tan desprevenidas: arrebatos, soltura, desparpajos verbales y, ¡Claro! Era menester escuchar al adulto que entraba a terciar para abogar por el purismo del lenguaje y defender a ultranza la urbanidad de Carreño...

- “Ismena, se dice gracias”, “no se dice hubieron sino hubo”, “Ismena, no saques la lengua que es de mal gusto”, “Martín, no digas palabras” o lo que es lo mismo, no digas groserías, palabrotas que llaman. Porque, ¿recuerdas? Había términos de

todos los tamaños. Decir la grande era un pecado verbal de urgente reprobación. ¡Hijue los tiempos! Pero eran bellos.

Te cuento que... sí, déjame contarte... Extiende tus oídos imaginarios y permite que me acueste en el lecho de tu escucha... No es fácil, lo sé... Pero piensa que le estás dando cobijo a un canto de sirena o algo así... ¿Un poco pretensiosa, verdad?

¿Sabes? Hace poco tiempo hablé con una mujer maestra y escritora. Fue un diálogo muy informal. No se trataba de esos intercambios lingüísticos donde las cámaras vigilan y el maquillaje es un imperativo. Me interesaba su testimonio. Después te cuento por qué. Bueno, te adelanto algo. *Me ocupan las subjetividades de aquellas mujeres cuya existencia acontece, fluye y se narra entre aulas y letras...* De modo que la entrevista que tuvimos no fue tan ingenua... Sí, aquí es conveniente decir con Bolívar, Domingo y Fernández que, “la conversación se transforma en un instrumento de investigación.”¹⁸ ¿Me entiendes? No es nada del más allá... O me vas a decir que de todas las charlas que has sostenido ninguna te ha llevado a descubrir algo de ti, algo del otro, algo del mundo... Nos narramos en las palabras, Martín... ellas nos revelan o nos ocultan ¿Te desoculto algo que leí hace poco? “...los seres humanos somos organismos contadores de historias, organismos que, individual y socialmente vivimos vidas relatadas”¹⁹. Lo dicen Conelly y Clandinin, Martín. Luego te hablaré más de este asunto. Ahora quiero traerte a escena la conversación que sostuve con la autora de un libro llamado *Murumsama*²⁰, una mujer cósmica.

Te cuento que estábamos en uno de los salones de su espaciosa casa. Cojines dispersos y libros con los oídos atentos presenciaban el encuentro. La escucha decidida y los labios pródigos se vinculaban también ¿Tu oído también participa, verdad? Entra pues al escenario...

(Se corre el telón y aparecen en escena las voces de dos mujeres)

Mujer 1: (Buscando los ojos de su interlocutora). Me gustaría saber qué representa la escuela para usted...

Mujer 2: (Se toma su tiempo). No se concibe una escuela que parezca una cárcel. Uno siempre está pensando que las escuelas tienen que tener encantamientos con la naturaleza. Me encantan las clases al aire libre... el no hacer, el no decir, el no enseñar, el silencio al observar una montaña es un acto sagrado que los niños aún sienten... Borges decía algo muy bello: "doy gracias por el fuego que nadie puede mirar sin un asombro antiguo"

Mujer 1: (Expectante) ¿Y la docencia?

Mujer 2: (Inclina la cabeza). La docencia debería tener maestros encantados con lo que hacen: maestros mágicos. La mejor manera de aprender es enseñar. (Levanta la mirada). Al aprender uno con los jóvenes o con los niños o con los adultos mayores, está en la plenitud del descubrimiento y del asombro.

Mujer 1: (Con la mano en la barbilla). Descubrimiento de...

Mujer 2: (Mirando hacia una ventana). De la profundidad de lo simple. Descubrimiento de lo que nos rodea y de lo que hay en nosotros mismos para profundizar en la escritura, pues creo que es la mejor manera de aprender... entonces yo voy con las dos cosas a la par, con la docencia y la escritura y ha sido un goce todo el tiempo...

Mujer 1: (Sonriendo). ¿Qué forja usted en la escritura?

Mujer 2: (Sin titubeos). El camino del asombro... Tomo la escritura como un regreso a orígenes, es lo que a mí me interesa... el descubrimiento de la escritura

como acto posible para acceder a altas esferas de espiritualidad y conocimiento, por percepciones distintas de esa geografía invisible que viene a ser el cosmos que nos rodea y que existe dentro de nosotros. La palabra más sagrada para un ser humano es el universo. En el momento de la escritura se accede a un acto de extrañeza.

Mujer 1: (Extrañada). ¡Claro! Bien, usted hablaba al inicio de la escritura como un camino... ¿cuándo empezó a recorrerlo?

Mujer 2: (Sonríe). En séptimo u octavo grado. el descubrimiento de la escritura como acto posible para acceder a altas esferas de espiritualidad y conocimiento, por percepciones distintas de esa geografía invisible que viene a ser el cosmos que nos rodea y que existe dentro de nosotros. La palabra más sagrada para un ser humano es el universo. En el momento de la escritura se accede a un acto de extrañeza.

Tuve la fortuna de tener una buena maestra de literatura. Eso fue lo que me inicio en la escritura. Esa mujer nos encantaba con imágenes literarias. Recuerdo la imagen de unos gorriones bebiéndose el cielo en el agua del pozo que describe Juan Ramón Jiménez en Platero y yo. Me pareció que yo debería irme a vivir a esas imágenes y a esa fantasía y ahí me quedé.

(Se apagan las luces... transcurren varios minutos y el espacio se ilumina de nuevo)

XXI

Aluna

Mi curiosidad no daba tregua. Me acordé, de pronto, del nombre de uno de sus libros: Murumsama. Le hablé de este título y me dijo: “quería recuperar un nombre

antiguo. Es una palabra sagrada. Una palabra arahuaca.” ¿Arhuaqué? ¡Ya! Se refería a los indígenas que habitan en la sierra nevada de Santa Marta. Definitivamente yo tenía que regresar a orígenes. ¿Sabes, Martín? Averigüé el significado de Murumsama y leí: “esencia resguardada en el aluna de la tierra y en el cielo” ¿Aluna? No pude menos de sorprenderme cuando descubrí que se trataba de un vocablo quechua que traduce: “donde se ata el sol”. Pero hay más, para el pueblo Cogi de la sierra mencionada significa: “pensamiento y memoria espiritual”²¹.

¡Pensamiento y memoria! Me atrae la musicalidad de estas palabras, Martín... Quiero dejar un “aluna”. Te decía que a ella le interesaban los sonidos antiquísimos de la tierra. “Me interesa la investigación con el lenguaje en lo que tiene que ver con los orígenes. Me interesa lo original, no en el sentido de la novedad, sino en el sentido de volver a los orígenes...”

La conversación exiliaba el tedio ¿Sabes? Volví a incorporar el tema de la docencia, hablaba con pasión: “Siempre supe que esa sería mi vida. Llamada he estado siempre a la docencia. Voy por los pueblos haciendo talleres de poesía... Mira, en los encuentros de poesía en el museo Rayo, en Roldadillo, llegamos de todo el país a estudiar. Tenemos ocho días de intenso estudio literario, pero al mismo tiempo leemos cinc, estamos creando, viendo exposiciones del maestro Omar Rayo. Se vuelve una universidad de ocho días, un universo total. Los espacios se transfiguran cuando uno accede a ese otro yo sagrado a través de la lectura y la escritura”.

¡Claro! Los encuentros de mujeres poetas en Roldadillo, Valle, Martín. Te cuento que recientemente encontré un título que decía: *¿Poetas precursoras o poetas pioneras?* Y en el subtítulo: *Un itinerario en la metáfora a lo largo del siglo*. No escapa a mi memoria su autora: Helena Araujo. ¿Sabes? Allí aludía a ese encuentro de ebullición literaria entre mujeres investidas de voz. Quiero

compartirte este fragmento: “Allí, Águeda Pizarro, Ana María Robledo, Guiomar Cuesta, Nora Carbonel, Marga López y otras mujeres rebeldes se reunían y se reúnen desde los años ochenta para elucidar o revocar los cánones de una cultura misógina y patriarcal. Enfrentándose al acartonado discurso oficial, las apodadas “Sirenas de Roldanillo”, osan afirmar que ‘Medusa puede ser creadora de ideas solidificadas que aplastan al enemigo Medea dueña del secreto porque ‘se ha visto a sí misma’, Penélope ‘luz que conduce al navegante hacia el camino donde ella misma se encuentra’ ”²².

Resistencia por la existencia, Martín. Sé que el tema te apasiona porque, al menos eso intuyo, tu mirada también se resiste a los esencialismos. Te decía que ella me hablaba de los talleres y de su experiencia en Roldadillo. No tuvieron que transcurrir muchas voces para sugerirle un tema que de manera soterrada o explícita viene fluyendo en el caudaloso río de este relato. Cuando le mencioné el asunto, sus palabras fueron avaras en brevedad y amplias en contenido... ¿Y la mujer? Dijo: “Yo acabo de hacer un taller de escritura creativa a mujeres que escribieron las historias de sus vidas, mujeres de diferentes sectores de Medellín y regiones de Antioquia. Me sorprendí bastante con la calidad literaria de estas mujeres para expresarse... Tengo plena confianza en esa calidad... (Hace una pausa) Mira: Del año mil al uno antes de Cristo uno habla de una mujer... En la literatura griega, Safo. Luego pasan mil años para encontrarnos con Hypatia, una mujer desconocida. Era una mujer sabia. Con suma razón dice Carl Sagan que era un prodigio para su época porque era filósofa, bióloga, matemática, física, escritora... Encontrarse uno también con una Hildegarda Von Bingen, escritora, visionaria, música... Yo creo que la mujer siempre ha estado gobernando el mundo desde su intuición, desde su silencio, desde su mordaza... Pero cuando uno va a querer sacar de la mujer, la lectura, la escritura, la literatura y el arte, está eso en uno, profusión de maravillas... Cuántas mujeres fascinadas con tantos asuntos que decir y no lo pudieron decir. Hubo mujeres con altísimos pensamientos y de grandes valores en cuanto al arte y la cultura. Me interesa

pensar en las que nunca hablaron...” Y continuaba: “qué maravilla cuando en los talleres una de ellas dice: ‘vengo a decir lo que tengo en mí’. El hecho de escribir un poema te transfigura. La poesía es el ato sagrado de decirse.” ¿Sabes? El tema fue más allá... porque bueno, y eso del sexo débil... Entonces dijo enfáticamente: “A mí no me gusta la quejumbre. Hay que hacer sin lamentos. La mujer tiene que hacer su tiempo útil. La mujer está en reverdecimiento...”

Sí, Martín. Es posible hablar sin gritar. Ah, quiero compartirme algo más. Escucha otra voz enunciando a la mujer maestra y escritora que me relató algo hace poco. Sucedió en Cali, en el marco del reconocimiento que le hiciera la Fundación Plenilunio. Grupo de Poesía y Arte.

“A Marga López Díaz la vieron nacer las montañas del Oriente antioqueño y sus eucaliptos, pinos, yarumos y robles le regalaron el aroma que exhalan hoy sus versos. Surcan su frente las líneas que el horizonte deja cuando el astro se convierte en arrebol. El aire del clima frío de La Ceja y su paisaje viven en ella, en su propia alcoba. Es una mujer con el embrujo de la noche y el candor de la alborada. Su voz ora se escucha como el zumbido de jazz ora como turbión de cascada. Su imaginación es caja de Pandora en la que bullen mariposas y colibríes, flores y orugas, música y danza. Su casa es refugio de libros sabios, con muchas arrugas y canas. Allí se detuvieron las hadas y los ángeles se quedaron porque el ambiente que se respira es el de un paraíso.

A ella que ha cantado al pez, al jaguar, a la placenta, a la madre, a sus hijas, a lo sagrado, a lo sublime. A ella inventora de palabras, escritora castiza, castellana, de lenguaje cristalino y cuidadoso. A ella recitadora mágica de versos con su cara y su figura transfiguradas. A ella que le ha dedicado días y noches a divulgar el arte de Erato en Cali en Colegios, centros culturales y universidades. A ella, sabia guía de principiantes y maestra de quienes ya han discurrido el camino. A ella lectora y cultora de autores de todas las naciones”²³.

Ya has escuchado bastante, amigo mío. Hoy te llamo como tengo que nombrarte. Las maneras de nombrar traducen modos de sentir. Lo sé. Duerme, duerme, la esperanza nos permitirá hablar mañana... Te dejo con mi abrazo. Adiós, Martín.

XXII

Ecos y laberintos en la permanencia del descubrir

Después de ese viaje por las avenidas existenciales de una mujer maestra y escritora, Ismena pidió a su memoria que la retornara. No demoró en hacerlo. Su memoria, al menos por un instante, le había sido fiel. Pues no podía olvidar que, en otras, acaso por ingesta excesiva de imágenes, había optado por dormirse y poner en su lugar el infaltable olvido. Aun así, no obstante su inapelable proceder adúltero, ese pequeño anaquel de experiencias vitales la había revivido muchas veces... Entonces tendría que decir con Duccio Demetrio “El recuerdo es una acción contra el olvido orientado a reafirmar la vida ante la inevitabilidad de la muerte. Aunque la muerte no se pueda vencer, se puede alejar”²⁴

El hecho es que se encontró de nuevo con los rostros de la poeta, de otros poetas y otras poetas, esta vez en el lugar de donde su memoria había partido con la promesa de volver a Makaira. Y era que Marga tenía la edificante costumbre de generar encuentros en sitios distintos. “Hoy en mi casa; la próxima vez en Girardota, la siguiente en el Retiro, luego en la casa de un pintor, más adelante en la de un fotógrafo, ya viene en la de un escritor...” Siempre buscando sitios y personas capaces de acoger el arte en sus múltiples expresiones.

¿Y su discipulado? Aire de complacencia en sus palabras: “Alguna vez hicimos el taller en una bolita de cristal”- testimoniaba Clara. Fue mágico. Convertir cada

viaje y cada congregación en una experiencia inédita era uno de los cometidos. Cuando éste encontraba asidero, los lugares de acogida, ya parajes inimaginados, ya casas generosas en comodidad, adquirirían la forma de un espacio encantado... ¡El milagro estaba en la palabra! ¿Y aquél día qué? La asistencia era nutrida. Hombres y mujeres con historias, cuerpos y afanes distintos se reunían para vivir una experiencia estética profundamente humana y humanamente bella. ¿Pero dónde hacer la clase? El tablero no aparecía con su verde rectangular, no asomaba la tiza con su blanco harinoso; no figuraban los pupitres dispuestos con esmerada geometría ni la mesa esperando los libros que dirigen la clase. El tablero sería un aire silencioso sin medidas y la tiza, la pluma que cada uno y cada una alzaría para trazar su memoria, su creación y su relato en esa hoja transparente de tamaño sideral.

¿Y la mesa? La maestra andaría de un lado a otro en una mudanza perpetua. De modo que no precisaba de un madero inmóvil para sus textos. Las manos de ellos y ellas se iban llenando de unas hojas blancas llenas de puntos negros a lo lejos pero, de cerca, letras haciendo el amor para devenir palabras que trenzaban serias conversaciones entre sí.

Ismena estaba ausente de su mundo habitual. Lejos del hogar, lejos de las calles, lejos de las aulas donde le daba la espalda al tablero para decir, "Buenos días, queridos estudiantes, hoy vamos a..." Ese día iba a otra experiencia... No conservaba el traje de siempre pero sí el alma de maestra. ¡Eso no admitía negociaciones! Después de haber pasado por las manos de varios cómplices de la palabra, sus dedos asieron, al fin, al documento que se sometería al escrutinio del pensamiento y los sentidos. Una vez lo tuvo al alcance de sus ojos leyó: "Escuela de filosofía de la poesía, aluna"

El día prometía y el texto también. Pero antes, era necesario darse a conocer un poco... Era menester acorralar la timidez para poder fluir... ¿E Ismena? ¿Qué

diría ella? ¿Qué era estudiante? No era todo. ¿Qué era profesora? No bastaba. ¿Qué le gustaba escribir? No era todo. ¿Qué hacía parte de un semillero de investigación porque le apostaba a un nuevo modo de ser y de saber? No se agotaban en ese sus afanes académicos. ¿Qué se había bebido a Dostoievsky, a Camus, a Hesse, a Maupassant, a Virginia Wolf, a María Luisa Bombal? Sí, pero no eran lo únicos tragos que la habían embriagado... Estaba ebria de letras vestidas con trajes más locales. ¿Qué le atraía la ética foucaultiana y el vaho esperanzador que aleteaba en las páginas de Paulo Freire? Sí, pero el abanico tenía otros pliegues. ¿Qué había leído a no sé cuántos pedagogos? Sí, pero podría contar otra cosa. ¿Qué llenaba sus oídos de música en las noches vacías? Sí, pero también se amañaba en "*Literatura para oír*". ¿Qué apreciaba el campo y la mano curtida del campesino? Sí, pero la ciudad también tenía su encanto. ¿Qué detestaba la injusticia? Sí, pero... ¿acaso nunca había sido injusta?

XXIII

Evocación de una infancia en espera

Todo recuerdo es un signo

Duccio Demetrio

Los minutos corrían y ella se demoraba en su mudez ¡Y cómo no! Responder quién se es lleva tiempo, aunque cuando se vuelve una y otra vez sobre la "inquietud de sí", pequeños destellos escapan por los poros de esa metáfora indescifrable que es el ser. Ya estaba... pediría excusas por demorar el tiempo en su espera, alzaría la mano y empezaría a narrarse:

Mis horas de infancia transcurrieron en los días de campo. Era el tiempo en el que atraída acaso por un olor libertario y un silencio ajeno a los moretones que deja el mundo, el sol se levantaba a las primeras horas del día luego de atender el llamado de un reloj biológico ¡Claro! Era el canto del gallo el que anunciaba el ocaso de la noche y la apertura matutina. Entonces no era necesario soportar los aullidos de esos relojes imprudentes, o lo que es lo mismo, de esos despertadores cuyos gritos llegan al oído con tal estridencia, que de no ser porque cuando el amanecer se acerca la cama se vuelve más cariñosa, no dudaría una mano en estirarse para embestir las paredes con esos insoportables artefactos... Ellos son los perros guardianes de la tiranía que el tiempo ejerce sobre el hombre.

Mi mundo era un mundo angosto en asuntos de orden material pero amplio en fantasías; crecí en medio de escasos juguetes: mis muñecas se agotaban en una y, cuando una fallecía no había reemplazos inmediatos. Ello, en el fondo, me agradaba, pues me parecía absurdo tener que velar por el bienestar de una niñita de plástico que se dejaba vestir sin objeción y que como si estuviese sometida a un estricto régimen alimentario, pasaba el tiempo con comiditas menudas y teteritos de nada; era sorprendente ver cómo esos labios color rojo artificial, permanecían sellados con tal firmeza, que daban a entender que allí no había más que un expendedero de palabras clausurado.

En lugar de esos juguetes, prefería la oferta lúdica de las mangas sin más ley que el límite propuesto por una alambrada. Fueron muchos los pantanos que perdieron su virginidad tras las pisadas sin freno de mis zapatos. Fueron también numerosos los suelos y los patios que cedieron su piel a unos trazos que devenían en golosas, tejos y otro tipo de juegos bastante favorables. Pero el alma del niño también se estropea cuando el cuerpo se desgasta. Entonces me sentaba en la hierba húmeda, ajena a los apuros en los que ponía mi ropa y, posteriormente, a mi madre... Era el tiempo en que saltaba sin prejuicios y en que armaba micro

revoluciones para acabar con los embates piojísticos que soportaba mi cabeza. Una cabeza que por cierto, vivía un poco disgustada con la peinilla... Aunque ignoraba los asuntos de la economía del lenguaje, procuraba hablar poco, era como si estuviese ahorrando palabras para una inversión verbal posterior. A los juegos, los días de ocio y las travesuras sin poder, había que agregarle otros menesteres... Así que debía recorrer otros caminos... No era por iniciativa propia, era el llamado a la obediencia el que orientaba mis pasos. ¿Y cómo dejar sin oídos las palabras maternas y sin alimento al demandante estómago de mi padre? ¡Cuántas veces acerqué las primeras comidas del día a sus manos sudorosas y fatigadas!

Pero había que trabajar... En una ocasión, yo recorría el trayecto habitual, mi cometido no era otro que poner en el paladar de Don Javier, mi padre, la sazón de un modesto sancocho. A pocos kilómetros de mi destino, sentí un tropel alarmante... Cuando volví la mirada, no supe si la alarma obedecía a la presencia de un animal o a la imagen del hombre que lo acompañaba... era el jefe de mi padre sobre el lomo de un caballo sin modales... El señor se detuvo. Recogí la mirada y continué mi camino. No dudó en increparme: ¡Va demasiado tarde con ese almuerzo! No recuerdo bien, pero creo que cerró su comentario con un ¡Avenaría! No estaba rezando, por supuesto, había apelado a su lenguaje paisa para reforzar la acidez de sus palabras. Leí bien no se trataba de rezos ni de charlas, era un regaño. Sentí que la impotencia tocaba las fibras de mi alma... Entonces experimenté las bofetadas del poder. No en vano el rubor que se encaramó en mi palidez habitual. Él, un señor ajeno a la fatiga y cercano a la vasta riqueza, ignoraba que lo que yo sostenía en mis manos temblorosas, había pasado por el afán de una madre con múltiples menesteres y ahora descansaba en los dedos agitados de una niña que por serlo, no estaba exenta del cansancio. No leí en su proceder un acto de solidaridad con su empleado, era la altivez que le daba la espalda a lo verdaderamente humano. Pensé en gritarle mil cosas al susodicho... algo así como viejo y... lo demás. No obstante, guardé silencio. A la

postre yo era más afortunada, pues mientras él dependía de un cuadrúpedo para desplazarse, yo tenía mi propio medio de transporte incorporado: mis pies.

Ese mismo olor a poder, aunque con características distintas, lo percibí en mi primera maestra de escuela, a quien en ese tiempo, por ironía, broma o de pronto por verdad, la llamaban “señorita”. Yo le obedecía sin frustración... En ella descubrí que el poder también tenía sus bondades. Al menos así lo deduje cuando, hizo que mi primer nivel de escolaridad se redujera a un tiempo ínfimo: solo ocho días ¿la razón? La promoción al grado segundo. No es conveniente hablar de eso. ¿En qué rincón me ocultaría yo si decidieran obligarme a cursar el primero que nunca hice? El fantasma de las planas, escribir mi nombre hasta gastarlo, llenar hojas con letras muertas, agredir mis espaldas en pupitres duros, soportar la dictadura de la tiza sin pausa. Ni pensarlo...

XXIV

Fluir sin tiempo

*La escritura es una puerta en el interior,
La entrada, la salida, la morada de la otra que soy y no soy,
que no sé como ser, pero que siento atravesar, que me da vida,
me disgrega, me inquieta, me modifica.*

Helene Cixous

¡Cuánto tiempo se iba a tomar! ¡Cuánta agua tiene que fluir en ese estanque! Resguardada en su monólogo interior, Ismena seguía haciéndose esperar. Su turno, como la existencia misma, también tenía fecha de vencimiento. La paciencia

se acababa... Entonces escuchó de nuevo: -¿Puedes presentarte, por favor? La reiteración de aquella solicitud empezó a crear fisuras en su silencio sostenido. Justo cuando otra persona se aprestaba a dar a conocer algo de sí, ella dijo su nombre y en una eclosión súbita de su pasión más profunda dijo: “Tengo varios amores”.

-¿Y?- la interrogaban con la mirada. ¡Qué estarían pensando! Acaso: “Esta se las trae”, “¿Cuántos serán?”, “Nunca la ha saludado la fidelidad”. Pero no faltaría aquél o aquélla que reconociera en ese enunciado la amplitud del sentido... Si algo habita las entrañas de nuestro idioma es la ambigüedad. Y es en esta donde se teje el enigma y es en éste donde está la verdad del ser humano...

- ¿Y? -Continuaban.

- Bien- continuó. -Me enamora el lenguaje; amo su ropaje y su desnudez. Fue él quien me tomó de la mano y me llevó a recorrer las aulas del Alma Máter; por él me he empapado de la energía pueril que cunde en las escuelas, de él me lleno cuando leo a mis estudiantes un canto en prosa de Yourcenar, un lamento en verso de Barba Jacob, un pasaje del caballero andante de Cervantes, un sueño en el *¿Fue un sueño?*, de Maupassant, una voz contestataria en la timidez de los signos...¡Sí! Él me ha revelado la multivocidad de un mundo donde... ¡Vaya!... Todo tiene sentido, aun el sinsentido. Él me otorga, me resta y me reta... Acaso de él; quizás de algo, tal vez de alguien, en últimas de mí, ha brotado un querer encontrar que se viene amañando en mi relato: *me ocupa la experiencia vivida de tantas mujeres maestras y escritoras cuyos modos de subjetivación y resistencias han caminado asidas del brazo de la voz que, desde el borde del estanque, se mira, huye, retorna, reclama y teje la historia de su existencia en las palabras de su historia...*

-¿Me estoy alargando, verdad? Dijo Ismena después de esa avalancha verbal. - Qué pena... Ustedes saben que cuando uno habla de lo que le seduce, el querer decir se le va acomodando en los labios sin vacilaciones. ¿No creen?

(Risas) Después, o mejor, ¡al fin la siguiente! Escucharon su nombre y algo más: “Estudié español y literatura en la U de A hace mucho tiempo. En esa época dirigía un programa en el que cada ocho días invitábamos a un escritor o escritora. Por allí pasaron Marga López, Mario Escobar Velásquez y Manuel Mejía vallejo... La sensibilidad por las letras me trajo aquí...” Marga sonrió... Acaso ventiló en su memoria la evocación de la maestra que acababa de hablar... Eso sí, mucho más breve que Ismena. En el abanico de las presentaciones sucesivas figuraban otras maestras infieles a la corrosiva pasividad... Voces amantes de la pluma subversiva o condescendiente... También participaban del encuentro otras personas que, no vivían su día a día en las aulas de carne y hueso pero sí en el misterio de la creación hecho canto, poesía, relato, drama. .. No sitia la puerta del arte un cancerbero celoso y malsano que coarta y destierra...

De los labios de cada uno y cada una salió algo de sí... En consecuencia, a los oídos presentes llegó algo del otro. En ese ir y venir de voces y relatos se fue urdiendo la alfombra que acogería la lírica, la música y las experiencias narradas de aquel encuentro. Hasta un gallo que acampaba cerca de aquellos asientos cíclicamente organizados anunciaba con su cacareo, ya no el amanecer, sino la cálida lluvia que se esparramaba en ese verde luminoso del mediodía.

Ya en los albores del aire vespertino, las cortinas del cielo se hendían para dejar posicionar los rayos del poniente. ¡Ismena estaba tan contenta! No todos sus domingos le reportaban tanto disfrute. Había presenciado unos tan lánguidos; tanto que se decía: ¿Y este es el día del Señor? ¡Santo Dios! Mientras establecía comparaciones, Marga, la autora de *Murumsama*, invitaba a volver al texto. Y escuchó Ismena que una voz decía del Ulises de James Joyce que: “El libro es un laberinto donde es posible moverse en varias direcciones, descubriendo una serie infinita de opciones posibles en la obra misma, acabada y definitiva como un cosmos fuera del cual existiera la nada”. No supo de dónde provenía esa expresión. El hecho es que de todas estas palabras, la más trompeteante en los

oídos de Ismena fue laberinto. ¡Sabrá Dios que hilo de Ariadna le salió al paso! Sus oídos continuaron leyendo y...otra voz decía que en el Ulises “cada capítulo corresponde a un episodio de *La odisea*, a cada capítulo le corresponde una hora del día, un órgano del cuerpo, un arte, un color, una figura simbólica y una determinada técnica estilística”. Ecos de Eco, ecos de unas, ecos de otros. ¡Dios mío, tantas voces! Revoloteo de lenguas en un lenguaje laberíntico; voces itinerantes por los caminos del murmullo...

A la vez que iba surgiendo en Ismena un antojo joyciano, la autora de Makuirá seguía provocando: -Ahora van a elegir una obra que las haya marcado y la van a asociar con una hora, un color, un órgano del cuerpo, una figura... ¿Y ahora? ¡Tantas habían dejado su huella! *Crimen y castigo*, de Dolstoievski, *Vida y época de Michel K*, de Cootzie, *El lobo estepario*, de Hesse, *El extranjero*, de Camus, *Áura*, de Carlos Fuentes, *Madame Bovary* de Gustave Flaubert... No. Era preciso buscar otras sendas literarias... ¡Claro! Ya estaba. *La amortajada*, de María Luisa Bombal. Sí, la misma que había despertado admiración en Borges y que algo había inspirado en el *Pedro Páramo*, de Rulfo. A esa creación literaria parida por una voz femenina asociaría la última hora de la noche, el color gris (encuentro entre lo negro y lo blanco), los ojos y, la figura simbólica sería un estanque o algo así... ¿Y lo demás? Ya habría tiempo... ¿Pero qué de esa obra había tocado las fibras de su sensibilidad? Simple: el drama de una mujer que tuvo que morir para dejar oír su voz. Y era que en los afanes o en las pausas del quehacer narrativo de Bombal, revoloteaba la preocupación por el papel de la mujer y por el confinamiento de la misma en el espacio que un milenario capricho falocéntrico instituyó para ella. ¿El encierro? Quizás... En el prólogo a ese deshielo verbal que transcurre después del epílogo existencial de la protagonista, Beatriz Espejo recoge el argumento de la obra: “Una mujer dentro de su ataúd se aferra al pasado en lugar de olvidarlo. Mira, siente y oye lo que acontece en torno suyo, percibe colores, los detalles de su velorio, mientras reconstruye momentos singulares de su vida, pasiones, desilusiones y angustias; lazos con sus hijos y

con los hombres que ocuparon un lugar lo suficientemente importante como para recordarlos en el momento final. Desde el cuarto donde yace, registra las entradas y salidas de cada uno, y, como cuadros impresionistas, rememora los momentos de ardor, celos, gozo y sufrimiento que le depararon. En esos instantes de lucidez, como han de seguirle creciendo las uñas y el cabello dentro de la tumba, le crece la sensibilidad aunque tal vez no pueda ya, quizás jamás pudo, establecer los límites exactos entre la vivencia onírica, la ensoñación y la realidad. Y se pregunta ¿era preciso morir para saber ciertas cosas?”²⁵

Salir del estanque tras morir bajo la saeta de un agua silenciosa “¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¿Es preciso morir para saber?”²⁶. Era una de las expresiones que mayor eco había generado en Ismena... Su tarde no escatimaba en preguntas de largo aliento... “Y CUANDO HUBO ANOCHECIDO SE LE ENTREABRIERON LOS OJOS. OH, UN POCO, MUY POCO. ERA COMO SI QUISIERA Mirar escondida detrás de sus largas pestañas. A la llama de los altos cirios, cuantos la velaban se inclinaron, entonces, para observar la limpieza y la transparencia de aquella franja de pupila que la muerte no había logrado empañar. Respetuosamente maravillados se inclinaban, sin saber que ella los veía. Porque ella veía, sentía”²⁷ .

XXV

El ritmo del silencio

*Las mujeres como los pájaros
tenemos un canto propio*
María Teresa Ramírez

Ismena veía y sentía. La emergente oscuridad sombreaba el vigor de los últimos fulgores vespertinos. Aquel día tan generoso en hallazgos y voces de valor

colosal, se negaba a dormirse sin dejar fluir más aguas estancadas... La oferta de imágenes perceptibles seguía desfilando con otra provocación... “Elijan diez palabras esenciales y dejen que una de ellas se vierta en un poema”. En el decálogo de Ismena figuraban, entre otras: voz, silencio, muerte, existencia, esperanza, resistencia, relato, danza, vacío... todos y todas estaban cabizbajos. ¿Les había ganado la tristeza? No. Los había embrujado la pluma. ¿A quiénes, dónde, en qué tiempo? Acaso en las aulas o fuera de ellas, quizás en la hierba o en el pavimento; tal vez ayer, acaso hoy... quizás ellas, las de las páginas que esperan y las aulas que provocan. Los bordes se iban desdibujando...

Afloraron creaciones poéticas insospechadas. ¿Quién quiere leer? El silencio del ¿será que yo? dilatava las voces. Al fin, tras hacer acopio de un vigor que le había sido esquivo durante la tarde, con una musicalidad desacostumbrada, Ismena entonó su:

Canto mudo

Aun no muere la música en
la danza...
Hay en el arte un movimiento que
enmudece,
un brazo abierto que te espera
en el vacío...
Huye al desierto una voz triste
está pariendo,
un querer ser en el misterio de
los versos,
en la palabra que no muere...

No hubo aplausos. Lejos de eso, una complicidad tácita... Entonado el canto, distendido el cuerpo... Ismena retomó su asiento... Sus ojos oscuros se aclaraban... Su mirada enmudecía... Había sido escuchada pero necesitaba oír

de nuevo. Sus párpados se agazaparon... ensoñaba... en ese huir estando percibió la imagen de otro canto de mujer maestra y escritora, reconoció en esa creación a su creadora: Emma Lucía Ardila. He aquí su voz:

Cobardía

Camino por las calles.
Voy desnuda.
Todos me observan en silencio:
conocidos y desconocidos.

Yo tampoco entiendo,
pero camino con la cabeza erguida.
Impido la palabra,
la pregunta.

Al fin llego.
¡Hay tanta gente!
Toda vestida ocupando su lugar.

Suplico, necesito que me cedan el puesto,
un refugio para mi desnudez.

Una mujer, un rostro amigo,
o al menos conocido,
me abre espacio
y entro.

Un trapo delgado, tibio,

al fin me cubre,
No importa que sea un delantal.

XXVI

Fugacidad en los trazos

*Si un creador no se encuentra atenazado
por un conjunto de imposibilidades, no es un creador.*

*El creador es aquel que se crea sus propias
imposibilidades al mismo tiempo que crea lo posible.*

Gilles Deleuze

Ya era de noche, la experiencia del día inauguraba otro recuerdo en mi memoria. Me desprendí del traje de las horas recientes, de los anillos que ya estrangulaban mis dedos y del reloj que insistía en el tiempo mensurable. Me detuve en la sala. La casa estaba sola... flores, cuadros, muebles y allí, un cenicero sin oficio, ¡al carajo los cigarros con su peste humeante! Detestaba la nicotina tanto como al grito que viste de sombra la humanidad de quien lo recibe. Encendí la pantalla con más desgano que expectativa y ¡basura! Farándula saliendo del cofre de lo baladí. Tomé el control y apreté el botoncito rojo del “ya basta”. Atisé el periódico en la mesita de siempre. Lo esculqué: avinagrados panoramas en un país que no desmaya en su esperanza. Me que dé con un par de palabras: “mañana se verá”.

Entré en el cuarto de todos los días, descubrí mi escritorio, la única ventana trasluciendo un pedazo de ciudad, y una pequeña biblioteca invitando con sus huéspedes a una velada literaria de tentadora exquisitez. Me detuve por un largo instante. Busqué acomodo en las sábanas tibias de una cama sin presencias, pero

el tedio me retornó, era como si esa noche reclamara para ella lo que le había sido otorgado al día. Me paré enseguida y como la pequeña que descubre una de sus golosinas predilectas me abalancé sobre un “hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”²⁸ Pasé mis dedos por las aventuras más inverosímiles: gigantes en molinos, Sanchos temerosos y un caballero resuelto en su otro modo de ver... Anduve varias páginas y, de repente, escuché un murmullo que iba subiendo la voz, descubrí en esas avenidas quijotescas a la pastora Marcela, oí que la culpaban de la muerte de Grisóstomo, un joven pastor que se dejó ganar de la muerte por amor. Pegué aun más el oído. Escuché que un tal Ambrosio enfrentaba a la joven con estas palabras: -¿Vienes a ver, por ventura, ¡oh fiero basilisco de estas montañas!, si con tu presencia vierten sangre las heridas de este miserable a quien tu crueldad quitó la vida? -No vengo, ¡oh Ambrosio!, a ninguna cosa de lo que has dicho- respondió Marcela-, si no a volver por mí misma y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan (...) Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles de estas montañas son mi compañía; las claras aguas de estos arroyos, mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo dado yo alguna a Grisóstomo, ni a otro alguno, el fin de ninguno de ellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad”²⁹.

Retiré mi oído y con él una extraña sensación: fuego apartado quemando mi piel sin lacerarla, espada puesta cerca haciéndome sentir, nunca hiriéndome... El eco de Marcela persistía... era como si esas palabras que había pronunciado con vehemencia para defender su honor se resistieran a dejarse diezmar. Me alejé un poco pero nunca ahuyenté ese eco. Volví mi cabeza a la ventana y de nuevo el manto de la noche cubriendo los cráneos de las casas. Pedí a mis párpados cobijo para mis ojos y me adentré sin vacilar. En ese espacio contiguo, espejo líquido de

un poder sempiterno, escuché un tropel de voces menudas que se iban robusteciendo al acercarme. Reconocí su textura: eran voces de mujeres irrumpiendo en la oscura niebla fría; escupitajos brotando del túnel que una historia de fábulas, mitos e imaginarios caprichosos selló con su mordaza: “Fue así como aceptamos durante siglos que el hombre pertenecía a la cultura, mientras la mujer se asociaba a la naturaleza; que el hombre era sujeto y la mujer objeto; el hombre activo, la mujer pasiva; el hombre pertenecía a la esfera de lo público y la mujer a la de lo privado; el hombre superior, la mujer inferior; el hombre dotado de razón, la mujer de emoción...”³⁰ ¿Qué era eso? Creer en lo increíble era apenas creíble. Me ganó la confusión, era como si un viento maniqueísta me empujara de un polo a otro... Después descubrí que se trataba de las dicotomías que un pueblo antiguo y viril instauró mientras atendía la voz de un poder celoso de sus ambiciones. Entonces los humanos, como las cosas, se median según su valor. La balanza de la vida no acostumbraba a equilibrar.

¡Dios! Cuanto más agua fluye tanto mas se acrecienta el caudal. La noche entraba en sus entrañas, ¡que extraño! El sueño me lanzaba al insomnio y las letras seguían derramándose. Atendí de nuevo y escuché gotear otra voz: “Las mujeres tenemos una larga historia de exilios con la palabra. Otros nos han dicho cómo somos, cómo debemos ser, cómo sentimos, por qué sufrimos...”³¹ Levanté mi cabeza con calma, sin ímpetus altaneros, volví a mirar hacia fuera y vi que las ramas de un árbol en actitud contestataria se sacudían las embestidas de la lluvia... Me recogí enseguida... Pensé en esas mujeres que un día quisieron gritar pero no les alcanzo el grito. Volví a oír: “Si el lenguaje es el elemento que ha marcado la ausencia de la mujer, el lenguaje mismo ha de convertirse en la herramienta que permee el falocentrismo y cree un nuevo espacio donde lo femenino y lo masculino se encuentren en una relación dialógica”³². Me paré del asiento de tantas horas y extendí mi mano hacia el expendedero de canciones, me disponía a garrar un poco de ritmo cuando percibí que algo había quedado retumbando en la escucha reciente. Qué curiosos eran los apellidos con los que

acostumbraba acompañar su nombre una señora llamada sociedad: machista, patriarcal y no sé que otras cosas... Así se había dicho y los simbolismos crean mundos en los imaginarios.

Peleas bizantinas: guerras absurdas. ¿Espacios dialógicos, entonces? Asentí. Ritmos, mis manos habían dado el aval al *Concierto de aranjuez*. Me extendí en una alfombra de color claroscuro, a lo lejos el murmullo de la música y de cerca, el tintineo de la lluvia tocando el vidrio empañado por el vaho nocturno: "... la mujer de nuestros días decide replantearse y crearse a sí misma desde su más profunda intimidad. Así, en la literatura, en el arte, en el cine, en el teatro y en otros campos es ella quien opta por desnudarse y lanzar sus verdades al viento para emerger como un ser humano único, con la posibilidad de asumir su propia vida y ser dueña de su propio pensar"³³.

Vi que la opacidad del cristal se iba difuminando en un serpenteo casi imperceptible. Silencio. Me interrumpí enseguida por una algarabía proveniente de la moradas vecinas. Era un bullicio investido de una rúbrica inconfundible. Un par de niños parecían trenzarse en la contienda que se gesta cuando el juguete que se presta entero se devuelve en trizas. ¿Por qué no dormían? Acaso tampoco lo hacía la ciudad.

Ese vocerío pueril me llevo a las aulas de un tiempo que no desmaya porque lo sostiene el deseo de provocar a quien acoge y extiende... El volumen de la algarabía disminuía, acaso habían encontrado en el grito sordo el despilfarro inútil. Un vientecillo calmo conmocionaba el aire oscuro. No dormiría, estaba claro. ¿Qué tal leer un poco después de tanto oído?

XXVII

UNA GOTA NOCTURNA EN LA INQUIETUD DEL ALMA

Porque después del confinamiento interior, solo queda
el recurso de la palabra y para las mujeres escritoras
del presente, la tinta en nuestra sangre.

María Teresa Ramírez

Caminado en mi decisión, clavé mis ojos en una obra del pensador francés Michel Foucault. Como impelida por una inquietud de mí, desplegué varias páginas que parecían plegarse y, sé que no fue algo casual. Encontré que “hay que trasladar la mirada desde el exterior, los otros, el mundo, etc., ‘hacia uno mismo’ ”³⁴, y después: “ocuparse de sí mismo será ocuparse de sí en cuanto uno es sujeto de cierta cantidad de cosas: sujeto de acción instrumental, sujeto de relaciones con el otro, sujeto también de relación con uno mismo”³⁵. ¡Qué cosas me ocupaban! Quedé con la inquietud. Lo desplegado me estaba sugiriendo la idea de una práctica de... sí. Busqué en otro lugar: “deseo abordar el sujeto, no simplemente desde un punto de vista retórico, sino también con un conjunto de prácticas de la Antigüedad tardía. Entre los griegos tales formas adoptaron la forma de un precepto: “epimeleisthai sautou”, es decir, ‘ocuparse de sí’, ‘tener cuidado de sí’, ‘preocuparse, cuidarse de sí’ ”³⁶ ¡Claro! Algo había leído, Foucault había hecho una hermenéutica de esas prácticas o tecnologías del yo en los griegos y en el cristianismo primitivo. Había leído también que dichas tecnologías, “permiten al sujeto efectuar por cuenta propia o con la ayuda de otros cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conductas o cualquier forma de ser, teniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad”³⁷.

¿Pero a qué me invitaba el regreso a ese mundo grecorromano de tiempos remotos? ¡Cómo alienta el pasado al desnutrido hoy! Me detuve un instante y pensé: hemos heredado de la antigüedad diferentes estilos de vida pero el ahora reclama de nosotros otros modos de ser... Claro, había escuchado decir a Gilles Deleuze que “la subjetivación no representó para Foucault un regreso teórico sino la búsqueda práctica de otro modo de vivir, de un nuevo estilo”³⁸. Volví a Foucault y descubrí un hilo de la misma urdimbre: “la ontología crítica de nosotros mismos no se ha de considerar no ciertamente como una teoría, una doctrina ni tampoco como un cuerpo permanente de saber que se acumula; es preciso concebirla como un actitud, un ethos, una vida filosófica en la que la crítica de lo que somos sea a la vez un análisis histórico de los límites que se nos han establecido y un examen de su franqueamiento posible”³⁹.

Había prometido no dormir esa noche. Todo parecía en silencio pero... No. Había turbulencias afuera, despojos adentro. Crítica, límites, imposiciones, franqueamientos. Tales eran las palabras que como un huracán bravío provocaban revuelo en el alma. La lluvia era inmisericorde. No cesaba en su goteo obstinado pero me refrescaba; me pintaba una imagen de libertad en ese tablero traslúcido y opaco de mi existir. Seguía inquieta, ¡Foucault había sugerido tantas cosas! Cuidar de sí. ¿Acaso no era aquello una propuesta ética donde el conocimiento de sí mismo, las relaciones con los otros y la libertad no admitían divorcio?

Volví la mirada hacia la mujer, hacia la maestra que había en mí. La volqué también sobre otras mujeres, otras maestras, otras escritoras. Me asaltó de nuevo una palabra recientemente pronunciada por Deleuze: subjetivación. Volví a él, tanto que me metí en sus *Conversaciones*. Le escuché decir: “La subjetivación es la producción de modos de existencia o estilos de vida”⁴⁰. Entonces iba estableciendo conexiones: otro modo de existencia reclamaba la crítica de la propia vida, no podía haber autocrítica sin autoliberación y ésta no encontraría

asidero si los límites seguían caminando con la frente en alto sin desvíos ni resistencias.

Me resistí a dejar mi sed a mitad de camino. “Me muevo en la esperanza en cuanto lucho, y si lucho con esperanza, espero”⁴¹, me ha dicho Freire en una tarde de vientos soleados. Retomé las lecturas. Pensé después: ¡cuántos brazos femeninos han blandido su lucha por un territorio propio! Recordé, de pronto, un pasaje reciente en la voz de Ana María Fernández: “las mujeres [...] han ido ocupando nuevos espacios y han desarrollado [...] variedad de formas de resistencia, trasgresiones y contra violencias que si bien no han revertido su situación de subordinación han ido conformando espacios sociales y subjetivos de dignificación”⁴².

Ese resistir se me antojaba angustioso a la vez que inapelable. Virginia Ferrer me había contado algo valioso: “La resistencia es negación, negación también de uno mismo que pertenece a lo que se está rechazando [...] Esta resistencia permitirá asentar las bases para el inicio de un proceso desalienante que permita pensar de otra manera”⁴³. Bueno y, ¿cómo resistir?, ¿cómo fisurar los poderes hegemónicos? La imagen de una palabra con su mano levantada me iluminó de pronto: ¡cuántas habían abierto grietas en los asuntos del decir!, ¡cuántas revivían su historia en una vida de relatos! Suspiré. Miré hacia fuera y retomé a Ferrer: “Es imposible vivir la vida sin revivirla, sin recitarla, si no es entonces cuando adviene el verdadero peligro de dejarse vivir en lugar de vivir”⁴⁴.

Qué triste es volver la mirada sobre la propia existencia y encontrar la silla vacía. Me dije que era preciso ocupar el propio asiento. Narrar, acaso era esa una manera de resistir. Cuánto podría decirnos Sherezada, esa mujer que con su juego de decir logró salvarse del sueño que nunca amanece: la muerte.

El amanecer estaba lejos, ni siquiera el habitual sonido del tren de la madrugada empezaba a recorrer la ciudad. La lluvia parecía amañarse en la noche adulta. Crucé mis brazos en la intimidad de mi silencio y pensé: cuántas escritoras ha parido el vientre de esta Latinoamérica inasible; cuántas han agrietado la férrea arquitectura de un canon literario que deja pocos intersticios. Me puse de pies y me asaltó una idea: buscar líneas de fuga... Pero... era preciso tejer un suelo. Caminé despacio y entre pasos y voces escuche: “Sherezada, haciéndose narradora, logra curar al sultán de su neurosis y señalar el carácter patológico de su misoginia. Con respecto a la latinoamericana se podría llevar más lejos la parábola y pensar que cuando alcance a escribir lo que vive y siente, alcanzará una noción de su propia individualidad en la doble dimensión de la expresión y del contenido. Entonces solamente asumiré la autonomía de su lenguaje atentando contra los sempiternos derechos del padre, hermano o esposo y siendo al fin la narradora de sí misma [...] La revaloración de la subjetividad de la mujer no puede operarse sin su inmersión en un sistema semántico de participación y libertad”⁴⁵. Esa última palabra entró a mis oídos como una ráfaga que ni siquiera tuve tiempo de pasar por el tapete del entendimiento, si es que acaso se puede entender y no vivir. Que extraño. Mis ojos estaban huérfanos de fatiga. Inclinaron la mirada y atisbaron que: “Se ha hecho trizas el cántaro y con él el silencio, la polémica que ella misma desata sobre su tradición, su calidad de ser pensante, su nacimiento, su opresión, el derecho a su sitio en el universo, la está catapultando en el futuro de la historia, como parte del puente: no como observadora del plan del arquitecto”⁴⁶. Barrí mi escritorio con la retina insaciable, desconocía si llovía aún pero admitía en mi interior un adentro anegado. Había escuchado, leído, hablado con otras voces... La noche entraba en su mejor edad y el tiempo me extendía su pluma. Necesitaba escribirme *Al borde del estanque...*

I

Tocan afuera

Dos siluetas grises caminaban por los corredores de la emblemática edificación, cual par de nubecillas que se pasean por la tierra en busca de su propio verano. Esas figuras menudas iban ganando consistencia en la medida que apuraban la marcha

XVIII

Amanece

Quién ha dicho que el fin es la muerte. El fin es apenas la gota que destila la nube rebozante.

Voy caminando con mis ojos desnudos. La noche de ayer se me escapó y yo en ella. No importa que revelen mis ojos las ojeras de un sueño insomne. Qué bella luce hoy la Universidad. Los rayos de un sol juguetón caen como sombras luminosas en la plazoleta central. Me esperan escenarios llenos de palabras. Otros encuentros quizás, nunca los últimos. Mañana voy a las aulas. Ya siento la energía sin declive de mis estudiantes, ya leo cómo sus vidas se escriben en los renglones de la historia. Y al final: una obra. Ya recorro los pasillos de mi Facultad. El mundo en la academia y la academia en el mundo de seres que caminan en sus afanes y se detienen en su prisa. -¿Y yo? -Me pregunto. Yo soy una mujer que forma y escribe para enamorar de la esperanza en lo imposible, para decir sin rubor en la voz: es posible existir de otro modo...Continúo...

Citas

- ¹ Carroll, Lewis (1980) *Alicia en el país de las maravillas*, México, Porrúa, p.67
- ² Foucault, Michel (2002) *Hermenéutica del sujeto*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 326.
- ³ Góngora y Argote, Luis de (1993) *Fabula de Polifemo y Galatea*, (Apartes), España, Agora.
- ⁴ Carrasquilla, Tomás (1997) *Blanca*, Medellín, Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- ⁵ Gutiérrez de Pineda, Virginia (1975) *Familia y cultura en Colombia*, Bogotá, Colcultura (Instituto Colombiano de Cultura), p.
- ⁶ Fernández, Ana María (1993) *La mujer de la ilusión*, Buenos Aires, Paidós, p.101
- ⁷ Guerra Cunningham, Lucía (1994) “El personaje literario femenino y otras mutilaciones”, *Lectura crítica de la literatura americana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho. p.665
- ⁸ Fernández, Ana María, *Op. cit*, p.165
- ⁹ Demetrio, Duccio (1999) *Escribirse, la autobiografía como curación de uno mismo*, Barcelona, Paidós, p.29.
- ¹⁰ Piñón, Nélida (2005) “La memoria femenina en la narrativa”, *Leer y releer*, No.41, Medellín, Universidad de Antioquia, Sistema de Bibliotecas, p. 47.
- ¹¹ Freire, Paulo (1994) *Cartas a Cristina*, México, Siglo XXI Editores, p.35.
- ¹² Bruner, Jerome (2002), *La fábrica de historias*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, p.11.
- ¹³ Freire, Paulo (1985) *Pedagogía del oprimido*, México, Siglo XXI Editores, p. 100.
- ¹⁴ *Íbib*, p.108
- ¹⁵ Ferrer Cerveró, Virginia (1995), “La crítica como narrativa de las crisis de formación”. Larrosa, Jorge y otros, *Déjame que cuente*, Barcelona, Laertes. p.177.
- ¹⁶ Runge Peña, Andrés y Muñoz Gaviria, Diego (2005) “Mundo de la vida, espacios pedagógicos, espacios escolares y excentricidad humana: reflexiones antropológicas y socio-fenomenológicas”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. Vol. 3 No. 2. Manizales. p. 80
- ¹⁷ Larrosa, Jorge (2007) “Literatura, experiencia y formación”, *Leer y releer*, No.48, Medellín, Universidad de Antioquia, Sistema de Bibliotecas, p. 13.
- ¹⁸ Bolívar, Antonio, y otros, 2001 *La investigación biográfico-narrativa en educación*, Madrid, La Muralla, 2001

-
- ¹⁹ Conelly, Michael y Clandinin, Jean (1995) "Relatos de experiencia e investigación narrativa" Larrosa, Jorge, *Déjame que cuente*, Barcelona, Laertes.
- ²⁰ López Díaz, Marga (2005) *Murumsama*, Bogotá, Apidama ediciones.
- ²¹ [www.lacoctelera.com/abejita/post/2005/08/06/marga-lopez-agran-diosa- - 67k -](http://www.lacoctelera.com/abejita/post/2005/08/06/marga-lopez-agran-diosa-67k), visitada el 30 de julio de 2008
- ²² Araujo, Helena (2007) "¿Poetas precursoras o `poetas pioneras? Un itinerario en la metáfora a lo largo del siglo", *Con-Textos*, Medellín, Universidad de Medellín, p.67.
- ²³ Fundación Plenilunio. Grupo de Poesía y Arte. *Coronación de Marga López Díaz como poetisa colombiana*, tomado de: <http://plenilunio-grupo.blogspot.com/2007/04/coronacin-de-marga-lpez-daz-como.html>, visitada el 24 de Julio de 2008.
- ²⁴ Demetrio, Duccio, op. cit p. 67
- ²⁵ Bombal, María Luisa (2004) *La amortajada*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- ²⁶ Ibid, p.25
- ²⁷ Ibid, p.3
- ²⁸ Cervantes Saavedra, Miguel de (2004) *Don Quijote de la Mancha*, Edición del IV centenario, Madrid, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, Alfaguara, p.27
- ²⁹ Ibid, p.126
- ³⁰ Thomas, Florence (1999) "Hacerse hombres hoy: cambiar o morir", *Revista Psicología desde el Caribe*, No 4, Universidad del Norte, p.39
- ³¹ Fernández, Ana María, Op. cit, p.113
- ³² Quimbayo Durán, Alirio y Burgos, Luis Fernando (2001) "Literatura y discurso de género: hacia una lectura desde el horizonte femenino de textos escritos por mujeres", *Escritores, profesores y literatura*, I Foro Internacional de Reflexión UNEDA para Creadores y Profesores de Literatura, Bogotá, Plaza & Janes, p.27
- ³³ Ullman, Liv (1975), "Palabras de mujer", *Cuéntame tu vida*, No 5, p.8
- ³⁴ Foucault, Michel, Op. cit, p.28
- ³⁵ Ibid, p.28
- ³⁶ Foucault, Michel (1999), *Estética, ética y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, p.446
- ³⁷ Ibid, p.445
- ³⁸ Deleuze, Gilles (1995), *Conversaciones 1972-1990*, España, PRE-TEXTOS, p.171

³⁹ Foucault, Michel (1999), *Estética, ética y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, p.351

⁴⁰ Deleuze, Gilles, Op. cit, p.184

⁴¹ Freire, Paulo (1985) *Pedagogía del oprimido*, México, Siglo XXI Editores, p.106

⁴² Fernández, Ana María, Op. cit, p.112

⁴³ Ferrer, Virginia, Op. cit, p.183

⁴⁴ Ibid, p.186

⁴⁵ Araujo, Helena (1994), "La Sherezada criolla", *Lectura crítica de la literatura americana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho. p.689

⁴⁶ Ángel, Albalucía (2004), "Érase que se era", Escobar Mesa, Augusto, *Mujeres al pie de la letra*, COMFAMA, p.64